

LA HIENA PINTADA.



23 de noviembre de 1845.

TOMO III. 32

LA HIENA PINTADA.

A veces los naturalistas se ven muy comprometidos en los métodos que inventan para salir de alguna duda, y esto sucede por que la naturaleza no puede acomodarse á sus sistemas por mas ingeniosos que sean; uno de los ejemplos mas notables de esta asercion nos presenta la hiena pintada. (*Canis pictus*. Desm. Haup.) Este animal tiene las costumbres y el carácter feroz de las hienas, así como los ojos, la cabeza, el cuerpo y todo lo demas; considéresela bien y se verá una verdadera hiena, por que el ojo menos acostumbrado á la observacion, como el mas minucioso escrutador, hallará desde luego mil puntos de semejanza. La naturaleza, pues, ha hecho una hiena; sin embargo sus patas delanteras tienen cinco dedos, y su colmillo inferior, tiene la punta posterior enteramente tuberculosa, de donde resulta que el método ha convertido á este animal en perro; y he ahí por que los naturalistas metodistas, que se deciden mas bien por sus sistemas que por la naturaleza, le han llamado *canis pictus*. Esto no obstante, para nosotros será la *hyaena picta*.

Su altura es la de un mastín grande y entre todos los animales es la que tiene la piel mas agradablemente variada. Sobre un fondo parduzco se dibujan mas ó menos divididas manchas blancas, negras y otras de un amarillo profundo, diseminadas y mezcladas con suma irregularidad, á veces muy anchas, otras muy pequeñas y siempre sin orden ni simetria. No solamente estas manchas varían mucho sobre las partes correspondientes del mismo animal sino de uno á otro, pues no hay dos idénticamente manchadas en las colecciones de historia natural. Por lo demas, tiene alguna analogia en la forma con la hiena manchada (*hyaena crocuta*. Cuv.) á la cual se parece en la falta de crines y en el cuarto trasero que es aun mas elevado, si bien no tanto como el de los perros. Como esta última, tiene la cabeza grande, el hocico corto, y los ojos gordos y saltones; habita en los mismos parages, es decir en el Mediodia del Africa, y aun se cree que se han hallado algunas en las llanuras del Asia.

Las hienas son animales que han fomentado mucho la supersticion y sido objeto de mil cuentos á cual mas maravillosos y absurdos. Los antiguos han escrito que la hiena era alternativamente macho seis meses del año, y hembra los otros seis, escepto cuando llevaba, amamantaba y criaba á sus cachorros, que entonces permanecía hembra todo el año. Pero al siguiente se desquitaba conservando las funciones de macho y haciendo sufrir á su compañera la suerte de hembra. Segun los mismos autores, este animal sabe imitar perfectamente la voz humana, y he aquí como utiliza su talento: comienza por rondar los rebaños y los pastores, sin dejarse ver, hasta que ha oido pronunciar el nombre de uno de estos; lo conserva en la memoria, y cuando llega la noche se embosca en un zarzal desde donde llama al pastor por su nombre con una voz dolorida, como para atraerle al socorro de una muger ó de un niño moribundo. El desgraciado rústico, engañado por los tristes gemidos, vuél al zarzal para socorrer á quien le llama, y solo encuentra á la hiena que le devora. Si por acaso adivina el lazo terrible que se le ha tendido, huye; pero la hiena le persigue en medio de las tinieblas y el resplandor rogizo y sombrío de sus ojos inflamados, le deslumbra, le detiene en su carrera, y le obliga por una fascinacion mágica á esperar con la completa inmovilidad de una estatua, al animal que llega á devorar su presa. Parece que las zagalas jóvenes eran mas difíciles de fascinar que los pastores, porque la hiena para apoderarse de ellas, se veia precisada á usar otros medios mas complicados. Siempre con el auxilio de sus ojos, hacia despertar en el

corazon de la jóven un amor desordenado que la volvía loca; entonces abandonaba el rebaño para correr por los campos, y el animal aprovechaba la ocasion y destrozaba borregos y pastoras.

Los escritores del siglo último, algo mas críticos que sus antepasados, abandonaron estos cuentos absurdos, para sustituirlos sin embargo por otros iguales, ó al menos por descripciones exageradas. Escuchemos á Buffon. «Este animal salvaje y solitario habita en las cavernas de las montañas, en las concavidades de las rocas ó en los subterráneos que él mismo escava. Es de una naturaleza feroz, y aunque se le coja muy pequeño, jamás se consigue domesticarlo. Vive como el lobo, de lo que devora, pero es mas fuerte y parece mas atrevido; ataca algunas veces al hombre, sigue de cerca los rebaños y rompe con frecuencia por las noches las puertas de los establos y los rediles del ganado. Sus ojos brillan extraordinariamente en la oscuridad y se supone que vé mas de noche que á la luz del sol. Si se dá crédito á los naturalistas, su grito se parece á las ansias de un hombre que vomitara con mucho esfuerzo ó mas bien al mugido de un buey. La hiena se defiende del león, no teme á la pantera, y ataca á la onza, la cual no puede resistirle. Cuando le falta la presa, levanta la tierra con los pies y saca á pedazos los cadáveres de los animales y de los hombres.»

Vengamos ahora á lo que segun nuestra opinion se aproxima mas á la verdad. Las hienas, son en efecto animales muy salvajes y voraces, pero de una cobardía, de una pereza incomparablemente mayor que la del lobo. No se alimenta sino con cadáveres é inmundicias y á este gusto tan pronunciado por la carne corrompida, mas que á su supuesta ferocidad debe atribuirse la costumbre que tienen de desenterrar los cadáveres. No solo son impotentes para luchar con el león y la pantera sino que su timidez no les permite atacar á los chacales, ni á otros animales del tamaño del zorro. Rondan sin cesar por las noches y á veces se acercan á las habitaciones, no para atacar á los hombres, cuya presencia les intimida sobremanera, sino para comer los despojos que encuentran. Si se atreviesen á embestir á una cabeza de ganado, sería á un corderillo ó á un animal moribundo que no pudiera hacerles resistencia, y aun sorprendidas en este acto, se dejan dar de palos por niños de ocho y diez años, sin tratar de defenderse. Los moravitas, cuya ambicion se cifra en hacerse pasar por santos á los ojos del pueblo, no dejan pasar nunca la ocasion, si se les proporciona de coger una hiena viva y llevarla debajo del brazo hasta la ciudad. Como jamás les hacen herida alguna, los árabes atribuyen á la santidad de sus sacerdotes y un favor del profeta, lo que no es mas que el resultado de la timidez del animal. No sabemos hasta que punto podrá domesticarse una hiena que se coja en el estado de cachorro; pero lo cierto es que las dos especies que existen hoy en las jaulas del jardin de plantas de Paris, conocen muy bien y acarician con marcadas muestras de afecto á la mano del que las cuida, y jamás se les ha visto manifestarse hostiles con los extraños, recibiendo con gusto los alhagos. Su voz, que no estremece los campos sino de noche y en la época del celo, no tiene ninguna analogia con la voz humana; pudiera darse una idea de su ahullido escribiéndolo de este modo: *muahena*, principiando en tono grave y acabando en agudo.

Al hacer la historia general de las hienas, nos hemos concretado á describir la que nos ocupa, porque con corta diferencia todas tienen las mismas costumbres y se asemejan en casi todo. Sin embargo la hiena pintada ó variada difiere de las otras en que no es solitaria sino que vive siempre en manada, lo cual les dá un poco mas ánimo, y en este estado ataca algunas veces á animales fuertes y aun á los bueyes. Por lo demas, cuanto hemos dicho es todo lo que se sabe de su historia particular.

ESTUDIOS HISTORICOS.

JUANA DE FLANDES.

¿A quién no ha sucedido alguna vez en su vida, al recorrer las páginas de nuestra historia antigua, dejar caer el libro de la mano, desentenderse de la narración y conjeturas de los escritores para encerrarse en sí mismo y permanecer algunos instantes cara á cara con una de esas figuras colosales á quienes parece que el dedo de Dios ha señalado para la enseñanza de los hombres...? Si, meteoros brillantes y sublimes tienen tambien su aureola siniestra, aureola de misterios y horror que amenaza con la muerte al ojo atrevido que se detiene á contemplarlas. Entonces se presenta á la imaginación la idea de que tal vez una voluntad todo poderosa, sea la causa de que los mayores crímenes permanezcan para siempre desconocidos, y de que los nombres cuya memoria está sobrecargada de maldiciones lleguen á la posteridad velados por las nubes de la duda que aun oscurecen la noche de los tiempos. En efecto, la sabiduría divina, ó la casualidad quizá, arranca á la execración del porvenir esos nombres que no pueden pronunciarse sin despertar los horribles recuerdos que traen consigo. Se han cometido crímenes que asombran á la humanidad, dice el historiador; ¿quiénes fueron sus autores? Se ignora; ¡no existe prueba alguna, ningún monumento nos ha quedado! Llamemos á las puertas de los sepulcros; no hay mas que polvo y silencio; preguntemos á la soledad de las mansiones antiguas, el grito solo del buho responderá á los nuestros; sacudamos el polvo de las crónicas, no hallaremos mas que odio, ignorancia ó servilismo; cansados entonces de tantos esfuerzos inútiles, entraremos en nosotros mismos, escucharemos en la calma de nuestra conciencia la voz del pueblo que acusa, esa voz terrible que salva los tiempos y se immortaliza, esa voz en fin, que se llama *la voz de Dios*.

Entonces á pesar nuestro, vemos alzarse un tribunal en que la pasión enmudece, en que el error busca en vano un lugar donde colocarse; un tribunal santo y respetable en que el corazón interroga al hombre, y este á su vez interroga á los reyes. Porque este es el único medio por el que podemos juzgar á ciertos nombres que nos trasmite la historia que no se ha atrevido á anatematizar ni á bendecir.

Juana de Flandes es uno de estos nombres. ¿Deberemos considerar á la hija de los Baudoin como una de esas mugeres de corazón y pensamientos varoniles, incomprensibles por ser demasiado grande para que se la comprendiese, ó como una hija desnaturalizada que despues de haber negado á su padre, hizo rodar su cabeza en el patíbulo?

La historia presenta diversas opiniones sobre este punto, y por lo tanto debe permitírse nos que reuniendo el parecer de los hombres que se han ocupado de tan grave asunto, presentemos una explicación que al paso que se aproxime á la verdad cuanto sea posible, pueda satisfacer nuestra conciencia.

Comenzemos por decir lo que sucedió en Lila la mañana del 14 de abril del año 1225.

Un inmenso gentío de pueblo había acudido á esta ciudad, de las villas y aldeas de las cercanías; en todos

los semblantes se leían la mas vehemente agitación, como cuando se es; era un suceso extraordinario. El populacho había forzado las puertas que se intentó cerrar y los centinelas hollados atropelladamente por la canalla, permanecían en una inacción tan estraña que pudiera haberse traducido por miedo.

Notábase desde el extremo de la ciudad hasta la gran plaza donde se elevaba el palacio de los condes de Flandes, un flujo y reflujo continuo de paisanos, payos y campesinos, de entre los cuales salían injurias y gritos sediciosos. Las tiendas y almacenes se cerraban con estrépito; los regidores se dirigían á toda prisa al palacio, donde se reunía tambien la caballería, cuyas corazas brillaban estraordinariamente á los rayos del sol.

Este movimiento duraba ya algunas horas, cuando un incidente particular puso colmo al desorden.

Abriéronse de repente las ventanas del palacio, y sobre la que dominaba la puerta principal apareció una muger hermosa y de alta estatura. Era Juana, condesa de Flandes.

Su rostro, indisplaciente en general y frio, estaba en aquel momento pálido de cólera; sus labios temblaban como queriendo en vano pronunciar algunas palabras; sus ojos centelleaban, y por el modo con que su mano apretaba un pergamino, se adivinaba un movimiento de furia.

Adornaba su cabeza la corona de los condes de Flandes, con una torre de oro, flanqueada por cuatro leones; una pesada cadena de oro que rodeaba su cuello suspendía al leon de Flandes, y sobre su traje de terciopelo negro brillaba una espada desnuda que el rey de Francia en persona colgó de su cintura. Un heraldo tocó la trompeta é impuso silencio en nombre de la SEÑORA JUANA, LA MUY ALTA Y PODEROSA CONDESA DE FLANDES Y HAINAUT.

En el instante mismo los soldados de á caballo desnudaron sus largos sables y se formó la guardia al pié de los muros del palacio.

Intimidado por todo este aparato, el populacho solo dejó oír un murmullo sordo, que se convirtió en completo silencio á la tercera orden del heraldo. Pero al mismo tiempo, desde el extremo mas lejano, varias voces repitieron: «¡Ya está aquí! ¡ya está aquí!

Entonces un grito general, atronador, se alzó por todas partes, viéndose obligados los heraldos á entrar en el palacio, por no permanecer mas tiempo espuestos á una afrenta de que no había habido ejemplo hasta aquel día.

Á la estremidad de aquella larga serpiente de pueblo, sembrada de corazas y mantillas, de ricos trages y harapos, se veía, conducida en hombros una litera descubierta y lujosamente adornada, que se adelantaba pausadamente.

El personaje que ocupaba la litera era un anciano de luenga barba y cabellos blancos; sus hombros sustentaban el manto, y su cabeza la diadema de los emperadores de Constantinopla.

Era Baudoin, padre de Juana de Flandes como él decía, y como repetían los antiguos nobles y el pueblo que le rodeaba.

Veinte años antes había salido para la Cruzada, y habiendo conquistado á Constantinopla, de la cual fué nombrado emperador, volvió de su largo cautiverio despues de haber pasado diez y ocho años por muerto y se presentó á tomar de nuevo el título y poder de conde de Flandes, pero

alucinada Juana con la posesion del mando y temiendo perderlo solo un momento, se negó á reconocer á aquel hombre por padre suyo y le cerró las puertas del palacio.

Semejante conducta puso fuera de límite el furor del pueblo, y previendo que los actos de violencia siguiesen á los gritos de sublevacion, se temia que el dia fuera fecundo en escenas sangrientas; aterrada Juana entonces, huyó á Perona con su hermana Margarita, reclamó la proteccion del rey de Francia Luis VIII y citó al anciano para que compareciese ante aquel tribunal.

Aceptó Baudoin sin vacilar, y se puso inmediatamente en camino hacia Perona. He aquí pues, lo que sucedió la mañana del 14 de abril del año 1223.

Séanos lícito ahora volver algunos años atrás, y echar una ojeada sobre los hechos que prepararon estos sucesos.

Baudoin, noveno de este nombre, nació en 1171: era uno de los héroes de la cuarta Cruzada. Colocado en 1204, como hemos dicho, en el trónel Oriente, de donde descendió á una servidumbre de diez y ocho años que le hizo pasar por muerto; tuvo por sucesor á Enrique, hermano suyo, que le substituyó en 1203. Al salir para la Cruzada, Baudoin habia dejado en Flandes á sus dos hijas Juana y Margarita, y nombrado á la primera por su sucesora en caso de muerte, designando como tutor para que gobernase interinamente el pais, á Felipe de Namur, pariente suyo, puesto que su esposa Maria de Champagne, habia muerto en San Juan de Acre, haciendo una peregrinacion á Jerusalem. Pero era tal la sed de mando que atormentaba á Juana, niña todavía, que le era imposible esperar muchos años para usar de sus derechos; y así en 1209, aprovechando la ocasion de que corriese muy válida la noticia de la muerte de Baudoin, se hizo proclamar condesa de Flandes y de Hainaut.

A pesar de su ambicion y de su ardiente deseo de gobernar, se vió obligada dos años despues á dividir su poder para conservarlo; tomó por esposo al conde de Ferrant ó Fernando, hijo de Sancho I rey de Portugal. Fernando hizo alianza con Felipe Augusto; pero habiendo este último contravenido á los tratados, Ferrant reusó prestarle socorro en una guerra contra los ingleses; hizo mas, apareció entre las filas enemigas en la famosa jornada de Pouvines, pero fué vencido por los aliados, y cayó en poder de Felipe, que le hizo conducir á Paris cubierto de heridas y sumergir en un calabozo de la torre de Louvre.

Los pocos historiadores que defienden á Juana de Flandes, la han pintado como una esposa tierna y virtuosa, que pasa quince años de su vida en suplicar á los reyes de Francia que pongan en libertad á Ferrant. ¿Pero no podemos preguntar á nuestra vez si merece tal nombre la conducta de una muger que tuvo la imprudencia de pedir al rey de Francia que le concediese las insignias viriles, esto es, el derecho de llevar una espada desnuda, hasta que le fué concedido; que hizo un tratado de alianza con el mismo que sujetaba á su esposo entre cadenas conservando á la esposa en su condado, que atrajo sobre su cabeza el odio de toda la nobleza antigua que oprimia bajo su cetro de plomo; de una muger, en fin, que no dió prueba alguna de generosidad ó de piedad, hipócrita tal vez, sino en esa época de la vida en que los remordimientos pudieran obligarla á ello?

Volvamos ahora al enjuiciamiento del conde Baudoin.

El rey de Francia, á quien habia motivos para suponerle prevenido contra el anciano, justificó en efecto todas las sospechas. Hicieronse á este tres preguntas sobre la vida privada del conde Baudoin, y á las cuales él solo ó los de su familia podian responder; pero el desgraciado debilitado por el peso de los años, por las fatigas del camino, y mas que todo por el mal trato que habia sufrido en todo el tiempo de su cautiverio, no pudo recordar los hechos sino muy confusamente.

Luis VIII, mas conocido por Segismundo, se enfu-

reció, y sin mas exámen, le mandó salir del reino; no obstante respetó el salvo-conducto que le habia dado é hizo que le condujesen hasta la frontera.

Mas aun tuvo que sentir el desdichado anciano, pues todos sus amigos y adictos le abandonaron en vista del mal resultado de la conferencia judicial. Temiendo pues, caer en manos de sus enemigos, quiso huir disfrazado con el traje de mercader; pero no tardó en ser reconocido en Borgoña, detenido por un oficial de guardias, y entregado á la condesa que, despues de haberle hecho sufrir los ultrages mas crueles, le hizo perecer en un patíbulo.

Con efecto, Juana, no satisfecha con el destierro impuesto á Baudoin, y noticiosa por uno de sus espías de que este disfrazado atravesaba la provincia de Borgoña, comisionó al caballero Evrazd de Chastenay, oficial de sus guardias, para que recorriese á toda prisa el pais y le prendiese, atropellando el derecho de gentes tan respetado en aquellos tiempos. Así fué que el infeliz anciano que ninguna conspiracion meditaba, ni pronunciaba una sola queja, cayó mientras dormia, en manos del indigno caballero.

¿Aun en este caso la conducta de Juana no despierta sospechas muy difíciles de destruir? Baudoin estaba despreciado, abandonado de todos; huía de su patria, y en silencio vertia lágrimas de amargura, por la ingratitud de sus hijos; ¿de dónde, pues, provino aquella orden bárbara de Juana, despues de haber perdonado á todos los revoltosos? ¿De dónde nacia aquel deseo de la muerte de un hombre á quien ya no se podia temer, á quien se le aplicaron los mas atroces tormentos para obligarle á confesar su impostura? ¿Qué objeto tenian los cuentos apócrifos, dictados á los historiadores del pais y de la época, sobre los supuestos milagros verificados en el lugar donde estaban sepultados los restos de Baudoin, en Siria? Apoderáronse, pues, del anciano, montáronlo en un asno con la cabeza vuelta hacia atrás, y le condujeron en medio de los silbidos y burlas de un populacho, que siempre es de la opinion de quien le paga, y le hicieron seguir el mismo camino, que algun tiempo antes habia atravesado entre bendiciones y cantos de alegría.

No temiendo Juana insultar vilmente su desgracia, le propuso que declarase ser un ermitaño de la selva Glau-chou, y que se diese por nombre Bernardo de Rays; pero Baudoin permaneció noble y tranquilo en medio de los tormentos. El dia catorce de mayo del mismo año, un mes justo despues de su vuelta al condado, se levantó un cadalso fuera de las murallas de Lila, y en el mismo sitio donde mas tarde se edificó un monasterio fundado por Juana, infinidad de soldados ocuparon todos los puntos, y y por todas partes se veía un inmenso concurso de pueblo pero únicamente dedicado á guardar silencio y llorar.

De rodillas sobre el patíbulo, las manos en el cristo y la cabeza bajo la cuchilla, repitió aun que él era el verdadero conde de Flandes, pidiendo á Dios que perdonase á su hija el crimen horroroso que iba á cometer y á la Flandes que se lo permitia.

Despues, cuando cayó su cabeza, pretendieron algunos haber visto un semblante pálido, con los dientes apretados, y las facciones en estremo contraídas que se presentó en la estrecha ventanilla de un desvan cercano, asegurando que era la hija de Baudoin que habia querido cerciorarse por sí misma de si el verdugo habia cumplido bien con su obligacion. Juana gobernó pacíficamente la Flandes por espacio de diez y seis años; despues de este sangriento drama murió devotamente con el hábito de las monjas del monasterio de Marquettes, que habia hecho edificar.

En un cuadro suspendido sobre la tumba de la condesa Juana se leían estos versos.

Est sita Flandrensis, Princeps, et Haunoniensis
In túmulo; tali vitá nituit specialis;

Sicut Susanna, cœlebs fuit ista monalis;
Nobilitas talis, proles fuit imperialis;
Justa, potens, fortis, clemens, ac horrida mortis.
Angêlicis mixta sit turbis hæc Comitissima.

Que traducido al castellano dicen lo siguiente:

«Aquí yace la princesa de Flandes y de Hainaut, cuya vida fué en extremo brillante; religiosa, casta como Susanna, noble é hija del emperador, justa, poderosa, fuerte, clemente, temerosa de la muerte. Unase esta condesa á la tropa de los ángeles.»

He aquí ahora como esplica una tradicion del pais esta conversion que no justificaria sino muy débilmente el pomposo epitafio que acabamos de reproducir.

En 1227, gracias al gobernador compasivo de San Luis, mas bien que á las súplicas de Juana; Ferrand su esposo, salió en fin de las prisiones del rey de Francia. En 1232, murió en Noyon, agobiado por los dolores y graves sufrimientos de su cautiverio, circunstancia que le facilitó á Juana contraer nuevos lazos. En 1233 ó 36, se casó con Tomás de Saboya.

El día siguiente al de sus esponsales ó algunos despues, volvía á entrar en Lila, sentada al lado de su esposo en un magnífico carro. Al pasar por el sitio en que fué decapitado su padre, creyó ver una sangrienta fantasma que se levantaba delante de ella y la amenazaba con

la cabeza que aun no estaba bien sujeta á su cuello.

Si esta aparicion fué el resultado de la agitacion de su espíritu trastornado por las acusaciones del pueblo, ó si fué el principio de la venganza divina, es lo que nadie se ha atrevido á decidir. Lo que se asegura es que Juana desde aquel momento tuvo una existencia de turbacion y espanto, creyendo ver siempre delante de sus ojos, aquel espectro fatal. A consecuencia de esto consultó á un sacerdote, el cualle aconsejó que mandase edificar un monasterio en el sitio donde le apareció la fantasma. Juana mandó que lo levantasen á toda prisa, dió ordenes ademas para la fundacion de un hospital y otros dos conventos, y para que su penitencia fuese mas cumplida y eficaz tomó ella misma el hábito y murió monja.

Aun puede presentarse otra prueba. Cuando el anciano, condenado á muerte por haber tenido la entereza de sostener que era conde y padre estaba de rodillas sobre el cadalso, en medio del silencio de todo un pueblo consternado, su última palabra, tranquila y firme bajo el hacha del verdugo fué esta: ¡Dios mio, perdónadla! Y Juana rodeada de las santas hijas de Dios recibiendo todos los consuelos, todas las dulzuras de la religion, estrechando el crucifijo y revolviéndose en el lecho de la penitencia, exclamaba con lágrimas de desesperacion:

—¡Dios mio! ¿me perdonareis? ¡Perdon, Dios mio!

Ahora digan los cronistas cuanto quieran.

GLORIAS DE ESPAÑA.

EL CERCO DE ZAMORA

I.

La oscuridad y el silencio reinaban en los campos de Zamora. Divisábase al extremo de la campiña, por la parte del mediodía, la sombría mole de los antiquísimos muros de esta ciudad, y sobre estas murallas, al parecer desiertas, no se veía cruzar alma viviente; ni una luz siquiera que brillase entre las tinieblas de la noche. La ciudad parecía abandonada, y sin embargo, al menor grito de alarma, las almenas se hubieran visto coronadas de numerosos hombres de armas, prontos á la defensa de la plaza. Era en el año de 1073, y Zamora, herencia y patrimonio de la infanta doña Urraca, se hallaba cercada por las vencedoras huestes de don Sancho de Castilla, que pretendía desposeer á la infanta de su patrimonio, conforme ya lo había hecho con sus otros hermanos; pero la infanta escarmentada en cabeza ajena y encontrando en los moradores de Zamora, vasallos leales y dispuestos á todo por defenderla, le oponía una resistencia que don Sancho nunca hubiera sospechado en una débil muger.

Aquella noche en que los habitantes disfrutaban el corto descanso que era compatible con un fatigoso sitio; tampoco se percibía ruido ni movimiento en los reales de don Sancho. Tan solo se veían cruzar algunas sombras por delante de las hogueras encendidas de trecho en trecho: aquellos bultos negros eran los centinelas que guardaban el sueño á sus compañeros, ya inmóviles junto al fuego y apoyados en su lanza, ya paseando con lentos y silenciosos pasos.

Oyóse á deshora el acompasado ruido que producía el galope de un caballo; y uno de los centinelas avanzados, fijando la vista en el sitio por donde se escuchaba el rumor, vió distintamente acercarse el caballo con su ginete.

—¿Quién va? preguntó, aprestando su lanza.

—¡Amigo!... Partidario del rey don Sancho, contestó el desconocido, casi al mismo tiempo que llegaba á la línea del campamento.

Habíanse ya puesto de pie y sobre las armas todos los soldados á quienes estaba confiada la custodia de aquel punto, y á ellos se entregó el hombre desconocido, asegurando que aquella había sido su intencion al escaparse de Zamora, y añadiendo que le era indispensable hablar al rey. Inmediatamente partió un mensajero á darle aviso de este suceso.

El rey don Sancho, aunque recogido en su tienda, no podía disfrutar completo descanso mientras no lograra la consecucion de sus designios, y se hallaba entonces, á pesar de lo avanzado de la noche, conferenciando con el Cid y con otros nobles caudillos de su ejército, acerca de los medios de facilitar una empresa que tanto impacientaba su ardor bélico. Apenas escuchó el mensaje, cuando mandó que condujesen aquel hombre á su presencia.

Entró el zamorano en la tienda de don Sancho, y puesto de hinojos delante de él, sacó la espada y teniéndola por la punta se la presentó al monarca, diciéndole:

—Poderoso rey de Castilla, un fugitivo, un proscrito de Zamora, viene á ponerse bajo vuestra soberana proteccion.

—Alzad: yo te la concedo, contestó el rey, entregando á Alvar Fañez, que á su lado estaba, la espada que el desconocido acababa de presentarle.

—¿Cuál es tu nombre?

—Vellido Dolfos.

—¿Por qué causa has salido de Zamora?

—Ofensas personales, motivos secretos de venganza, me han impulsado á abandonar esa rebelde ciudad, para realizar el designio que hace tiempo tenía concebido de servir á vuestras órdenes.

—¿Tú podrás darnos noticias exactas de la plaza?

—Y tan importantes á su alteza que para eso cabalmente deseaba verme en su presencia.

—Pues ya lo estás.

—Pero.... en vuestra presencia sola, señor.

Una indicación del rey bastó para que todos los cortesanos se retirasen en silencio. Solo Alvar Fañez, por lo lentamente que se encaminaba a la puerta de la tienda, daba a entender lo mucho que le costaba obedecer aquella orden. Antes de salir se volvió hacia el zamorano, y frunciendo un tanto las cejas, le dirigió de alto á bajo una mirada investigadora. Al fin salió, llevándose como al descuido en la mano, la espada que Vellido acababa de rendir.

II.

Antes de que rompiese el primer albor de la mañana, salieron de la tienda el rey y Vellido, y montando cada uno en su caballo se dirigieron hacia fuera de los reales. Acercóse entonces Alvar Fañez con su gorra en la mano en actitud de tomar las órdenes de su señor, diciéndole, como admirado:

—¡Vais solo! ¿señor?

—Solo, contestó don Sancho, acentuando esta palabra de una manera particular, cual si quisiera dar á entender á su buen servidor que aquella pregunta pudiera interpretarse como una ofensa de su valor.

La repentina salida del monarca no era la mas apropiada para tranquilizar los ánimos de los que habian presenciado esta escena. Efecto sin duda de alguna resolución instantánea, no bien habia sido concebida cuando ejecutada, puesto que el rey habia montado á caballo con el mismo traje de sala con que se encontraba en la tienda, y consistía en pantalon ajustado, borceguies de grande vuelta, gaban forrado de armiños y gorra de plumas. A su lado pendía una espada, pero no era aquella su temible espada de batalla, sino otra que mas servia de adorno analogo á el traje. Vellido llevaba su túnica de color rojo oscuro, sujeta con un tahali de cuero, del que pendía solamente la vaina de su espada, pues esta ya se ha dicho por que no iba en su lugar. Notando el rey, al tiempo de partir, que algunos cortesanos se acercaban, les mandó que se retirasen y sacó su caballo al galope, imitándole Vellido.

La orden del rey no fué obedecida. El Cid habló algunas palabras en voz baja á otro caballero que allí llegaba, y en seguida, tomando cada uno de ellos una lanza del primer soldado que se les presentó, montaron en sus caballos y partieron en observación del rey y de Vellido.

Entretanto, ya iban estos fuera del campamento, hablando en voz baja pero muy animada.

—¿Con qué es cierto, decía el rey, podré con tu auxilio hacerme dueño de Zamora?

—Hoy mismo, tal vez, podreis verificar en ella vuestra entrada triunfante.

—¿Y veré humillada á mis plantas á esa altiva muger que me desprecia desde lo alto de esos muros?

—Vereis rendida á vuestra hermana Urraca, conforme habeis visto á los reyes de Navarra y de Aragon: la despojareis á ella de su ciudad de Zamora, conforme despojasteis á vuestro hermano don Garcia de su reino de Galicia y á vuestro hermano don Alfonso de su reino de Leon, que os pertenecian por derecho de primogenitura.

Una sonrisa de satisfaccion apareció en el rostro del jóven monarca.

—¡Ah! exclamó, entonces seré yo un príncipe grande y poderoso, y poseeré esta España conforme la poseyó mi augusto padre don Fernando el primero.

—Sereis el príncipe mas temido de nuestros dias y hundiréis en el polvo la frente de los envidiosos de vuestra gloria.

—¡Mucho es lo que me prometes, Vellido! ¿Pero no me dirás cual ha sido el verdadero impulso que te ha incitado á favorecer así mis designios?

—Señor, aunque nacido en la infima plebe, tengo un

corazon osado que me incita á las grandes empresas, de las que no juzgan capaces á los hombres de mi ralea esos orgullosos magnates de mi pais. Pues bien, yo haré conocer de lo que es capaz Vellido Dolfos.... Bien sé que lo que ahora voy á ejecutar, será mirado por la posteridad como una traicion; mas no importa, yo solo deseo fama eterna. Caiga un baldon de infamia sobre mi nombre; pero sepa mi nombre la posteridad.

—¡Ah! eso corre de mi cuenta, darte la merecida recompensa y proporcionarte ese renombre de gloria que tanto anhelas. Pero ya es tiempo de que me cumplas tu palabra: ya casi es de dia claro y nos reconocerán desde la muralla. ¿Cuál es el sitio de ella por donde decias que tan facilmente podrian penetrar mis tropas?

—Seguid aun, señor, y os mostraré esa entrada tan facil como segura.

El caballo de don Sancho tascaba el freno con impaciencia y manifestaba deseos de retroceder al campamento, mejor que de seguir adelante.

—¿Qué...! ¿Titubeais? Preguntó Vellido.

—¡Dudar yo! ¿Sabes que en Castilla ya no me llaman don Sancho II, sino don Sancho el valiente?

—Pues bien, ¡ved allí la escalera por donde subireis al trono de Zamora!

El rey, inclinándose algun tanto sobre el arzon delantero, fijó sus penetrantes miradas en las murallas de Zamora, cuyas altas torres empezaban á ser doradas por los primeros rayos del sol. Vellido, aproximándose cuanto pudo á don Sancho, le señalaba con la mano izquierda un punto del muro, mientras que metia la derecha entre los pliegues de su túnica. Hubo un momento de silencio, y cuando el rey se volvía para hablar á Vellido, vió relucir en su mano el afilado hierro de un corto venablo y casi al mismo tiempo sintió aquel frio hierro dentro de su pecho.

—¡Traicion! exclamó el desventurado don Sancho, llevando la mano hacia la guarnición de su espada; pero su brazo cayó inerte antes que pudiese empuñarla: se sostuvo un instante sobre la silla y en seguida vino al suelo, dando un grito lastimero que resonó en toda la campaña.

Apenas Vellido vió caer á don Sancho, escapó á toda brida, casi al mismo tiempo que llegaban presurosos los dos ginetes que ya hemos mencionado. El uno de ellos, al ver á su rey tendido en la arena y revolcándose en su sangre casi entre los pies del caballo, se arrojó prontamente del suyo para socorrerle. El rey ya estaba mortal: solamente entreabriendo sus ojos para mirar al leal Ordoñez, dió como una muestra de haber escuchado el juramento que hizo de vengar su sangre. El otro ginete no se detubo. Todo al contrario, al llegar al sitio de la catástrofe, arrimó los talones á los hijares de su caballo para hincarle las espuelas; pero en valde, porque no las llevaba puestas. El animal, sin embargo, penetró la intención de su amo, y partió como un rayo, mientras que el ginete, maldiciendo su imprevision, procuraba animarle con sus enérgicas palabras.

—A él, á él, le decía, vamos caballo mio.... pronto, Babiéca, pronto, que no se nos escape.

Y el fogoso animal no corria, sino volaba, cubierto de sudor y de espuma.

—Mas aprisa... bien, así, así, aprisa.

El caballo ya iba desbocado; pero el ginete perdió la esperanza de alcanzar al traidor que ya estaba á las puertas de Zamora. Moderando entonces el ímpetu de su corcel, levantó la lanza en su brazo derecho y despues de haberla equilibrado en el aire, la despidió contra el fugitivo. Ya entraba este en Zamora, cuyas puertas volvieron á cerrarse inmediatamente detras de él. La lanza arrojada por el Cid quedó clavada en una de las hojas de la puerta, cuya mole maciza hizo retemblar.

III.

Cuando un heraldo del campamento de las tropas de don Sancho se presentó delante de los muros de Zamora para acusar á todos los habitantes, desde el primero hasta el último por su vil proceder, llamándolos villanos, alevosos, traidores, el anciano don Arias Gonzalo, que gobernaba la plaza por la infanta doña Urraca, se presentó en las almenas y disculpó con energía á la infanta y á Zamora, asegurando no tenían parte en el asesinato que les imputaban. Mas cuando el heraldo hizo un reto formal, anunciando que un caballero vendría á sostener en campo abierto la acusación, vengando la muerte de su rey, Arias Gonzalo en el primer arrebató de su indignación, arrojó su guante á la campiña en señal de que aceptaba el reto y tomaba por su cuenta dejar bien puesto el honor de sus conciudadanos.

La infanta, sabedora de este suceso y del arrojó del anciano, acudió apresurada á impedirlo, conjurándole que no espusiese una vida que tan preciosa era para ella. Temía y con razón, aquella triste señora, perder al hombre que había merecido toda la confianza de su difunto padre el rey don Fernando para dejarla encomendada á su cuidado; al único hombre con cuyo leal corazón podía contar. Pronto se disiparon los temores de la infanta: al buen Arias Gonzalo, ni por su ancianidad, ni por su carácter de gobernador, le convenia arriesgarse en la lid y menos lo consentirían sus tres hijos, Pedro, Diego y Rodrigo, mozos todos de grande ánimo, el que ya habían acreditado en repetidas escaramuzas con los sitiadores. Los tres hijos de don Arias fueron definitivamente elegidos para el combate, que se había de verificar al día siguiente, debiendo presentarse armados de punta en blanco y dispuestos á todo trance.

Nada se había descuidado de cuanto pudiera asegurar el triunfo de los jóvenes: sus armas eran á toda prueba y habían sido bendecidas por el preste, y sin embargo el buen Arias Gonzalo fué reconociendo uno por uno sus caballos de batalla, examinando las armaduras y tanteando el filo de sus espadas. Aquel anciano que no había temblado en cien batallas, ejecutaba todas estas maniobras con mano temblorosa; pero cuando llegó el día del combate y el momento de la partida, entonces, á pesar del grande imperio que procuraba ejercer sobre sí mismo para no dar muestras de debilidad, no pudo disimular su pena y agitación. Las lágrimas se le saltaban hilo á hilo y estrechando á los mancebos, uno á uno contra su pecho, no podía mas que decir sollozando:

—¡Hijos míos! ¡Hijos de mis entrañas! Grande peligro habeis de correr en este día; pero el Señor os protegerá porque vuestra causa es justa.

—¡Dadnos vuestra bendición, señor, dijeron los jóvenes, hincando en tierra la rodilla.

—El Dios de los ejércitos os bendiga, conforme os bendigo yo en el fondo de mi corazón.

Luego volviéndose hacia el mas pequeño de sus hijos, le dijo con sumo interés:

—¡Tú tambien vas Rodrigo! ¡Ah! tu brazo no tiene todavia la suficiente pujanza para sostener el choque de tu rival. Te encargo que evites su primer encuentro.

—Padre, contestó el joven, desde el primero hasta el último de nosotros está decidido á morir si es preciso sobre esa arena de Zamora, para borrar en ella la mancha de sangre que nos imputan.

—Hijos míos, el honor de vuestra patria, de vuestra reina y de vuestro padre se halla hoy en vuestras manos.

Al concluir estas palabras, empezó á marchar la guerrera cuadrilla, entre las aclamaciones del pueblo y precedida de trompetas y clarines. Arias Gonzalo fué con el acompañamiento hasta las mismas puertas de Za-

mora y allí parece que concentró todas sus fuerzas para decir á sus hijos con inusitada entereza:

—Hijos, muerte gloriosa antes que vida de ignominia.

IV.

Ya estaba esperando en la liza, sobre su arrogante caballo, pertrechado de todas armas, cubierta la visera é hincado en tierra el regatón de su lanza, don Diego Ordoñez, ilustre vástago de la casa de Lara, que uno contra uno y solo contra tantos, había jurado sostener aquella empresa. Era esta una contienda en que estaban interesados no solo los dos ejércitos combatientes, sino que llamaba altamente la atención de todos los pueblos á la redonda; así es, que una inmensa muchedumbre circundaba el palenque y la misma concurrencia se notaba en los muros y torres de Zamora. Cada cual, como suele suceder en semejantes casos, opinaba á su modo sobre los acontecimientos y sobre el éxito de la refriega, y no faltaba, aun entre los mismos castellanos, quien decia que al rey don Sancho le estaba bien empleado aquel desmán, por su genio revoltoso y ambición desconcertada.

El primero que se presentó al frente de don Diego Ordoñez fué el mayor de los tres hijos de don Arias, y los dos rivales no tardaron un momento en atacarse. Este primer choque fué decisivo: el caballo de Ordoñez, reculó doblando las ancas con la furia del encuentro, y hubiera dado en tierra con su señor á no ser este tan buen ginete, que le hizo al punto incorporar, aplicándole con oportunidad el acicate. Las lanzas saltaron hechas pedazos y el mayor de los tres hermanos que había salido el primero á la lid, fué tambien el primero que quedó tendido sobre la arena. En vano esperaron que se levantara; el hierro de la lanza de Ordoñez que había quedado engastado en su pecho, había roto la coraza y penetrado hasta el corazón. Fatal impresion produjo esta desgracia en los otros dos hermanos, sin que saliesen de su estupor hasta que oyeron á Ordoñez, que levantándose sobre los estribos, clamaba desde el medio del palenque con insultante arrogancia:

—Don Arias.... enviadme otro de vuestros hijos; porque este...

Y al mismo tiempo señalaba con cruel ironia hácia el cadáver del desventurado mancebo, que segun las leyes de aquella justa singular, era forzoso sacar de la liza con ademán de desprecio.

Funesta influencia debió ejercer la vista de aquel cadáver en el ánimo del segundo hermano, pues á pesar del brio con que salió á la lid, cayó á poco tiempo con heridas mortales. ¡Ya no quedaba mas esperanza que en el tercero!

Acordándose el joven del consejo de su padre y deseando esquivar el primer encuentro de su poderoso rival, arrojó la lanza y salió á la lid con espada en mano. Ordoñez conoció la intención; pero á fuer de caballero, soltó tambien la suya y salió á recibirle. Por un poco de tiempo aquello no fué mas que una escaramuza en la que Rodrigo, mas que á herir, atendia á resguardarse de los golpes de su adversario. Cada uno que recibia le llevaba por lo menos alguna parte de la armadura, al paso que los suyos no parecían hacer mella en Ordoñez. Viendo el joven que ya tenia el escudo hecho pedazos, le abandonó, y asiendo la espada á dos manos quiso aventurarlo todo á un golpe denodado. Ordoñez ya estaba prevenido y aun dispuesto á lo mismo, así fué que casi al mismo tiempo cayeron los dos rivales uno sobre otro. El golpe que recibió Rodrigo fué mortal, mientras que Ordoñez supo esquivar el que le iba dirigido; pero no tanto que la espada del joven dejase de magullarle el hombro izquierdo y corriéndose por todo el brazo, cortase las riendas del caballo y viniese á partirle la cabeza. El animal, incomodado por el vivo dolor que sentia, empezó á

encabritarse y á huir del sitio donde tan mal le paraban, sin que Ordoñez, falto de riendas, le pudiese contener. Viendo el astuto ginete que llevaba trazas de sacarle fuera de la liza, lo que segun la usanza de la época podia interpretarse como abandono de campo, quiso arrojarle á tierra: pero era tal la furia que el caballo llevaba, que no le dió tiempo para ello; y saltando de un bote la valla, dió con él fuera del cercado. En cuanto á Rodrigo se sostuvo algun tiempo sobre su caballo y cayó muerto persiguiendo á su enemigo.

De esta circunstancia y de la salida del mantenedor se aprovecharon los jueces del campo, para terminar aquella sangrienta prueba de las armas, juzgando que Zamora

habia hecho lo suficiente para librarse de toda inculpacion; juicio que despues fué confirmado por el rey don Alonso, dando por libre á la ciudad. Este legitimo sucesor de la corona hallábase oculto en Toledo, desde cuya ciudad acudió apresuradamente así que le noticia-ron la muerte de don Sancho. A pesar de todo, el pundonor del Cid y de los demas fieles compañeros del difunto monarca no estaba completamente satisfecho, y tuvieron resolucion para exigir á don Alonso un juramento de que no habia tenido parte, ni aun indirecta, en la muerte de su hermano, antes que le permitiesen subir á sentarse en el trono de Castilla.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.



Muerte del rey don Sancho II de Castilla.

ESTUDIOS MORALES.

EL RAMO DE FLORES.

Gracias á Dios los *coucous* (1) han desaparecido casi completamente de los caminos de las cercanías de París, pero dentro de algunos años no quedarán huellas de estos odiosos carruages. So pretexto de conducir á los viajeros, estas horribles máquinas entregaban los desgraciados á los mas crueles vaivenes, esponiéndolos ademas al polvo y al sol cuando hacia el calor mas sofo-

cante, y á la lluvia, por menuda que fuese, y al frio durante el invierno. Solucion estraña del movimiento sin resultado, necesitaban dos horas para recorrer una legua. No hablo del cochero mohino, ni de la escualida caballeria, ni de las banquetas, delgadas tablas, despojadas de cogines, ni de los estrechos palos donde era preciso apoyar los pies. Perfeccionando un poco el *coucou*, un verdugo de la edad media hubiera hecho de él un excelente instrumento de tortura.

Pues bien, en esta misma máquina de tormento, cierta mañana en que caía una menuda lluvia, tuvo que tomar asiento una persona cuyo carruage acababa de volcar. Esta persona aceptó su desgracia con una especie de resignacion alegre é infantil, y pareció distraerse mucho

(1) Nombre de una especie de coche de las inmediaciones de París, cuya invencion es muy antigua.

con la idea de terminar en *coucou* el camino que le quedaba que andar. Mientras sus criados se ocupaban activamente en levantar el cabriolé caído y en llevar á casa del mariscal del pueblo el eje roto, el viagero trepó sobre la escala peligrosa que conducía al interior del *coucou*, y tomó asiento en la testera, no sin sonreírse y admirarse de la figura grotesca del cochera, cuyas quijadas salientes, nariz chata, frente baja, gruesos hombros y desmesurados brazos parecían mas dignos de un Orangután que de un hombre. El Automedon parecían tener mucha prisa en partir, y su único, su inesperado viagero tampoco se mostraba disgustado de esta tardanza, porque le faltaban compañeros de camino para completar su placer y no dejarle carecer de ninguna de las divertidas consecuencias de su situación. Después de veinte minutos de expectativa, que el viagero pasó en hojear un libro y el cochera en mirar á lo lejos, subido sobre su asiento, sin ver otra cosa, como la hermana Ana del cuento de la *Barba Azul*, que la yerva que verdea y el polvo que empolva, no tuvo mas remedio que sacudir un buen latigazo al caballo. El caballo gimíó, las ruedas chillaron, y el viagero se lanzó precipitadamente de la última banqueta á la primera; porque eran tales los vaivenes del *coucou*, que desde los primeros sacudimientos no se podían resistir. De la primera banqueta, volviéndose á la segunda; pero en ninguna parte hallaba una situación tolerable. El pesar de no haberse quedado en el pueblo para esperar su carruaje, principiaba á apoderarse del pobre viagero, cuando paró el caballo. Una jóven, que apenas dió tiempo al cochera para abrir la pesada portezuela, se lanzó sobre el estribo y vino á sentarse en la banqueta de la testera, al lado del que ya ocupaba un asiento de ella. Dirigió la vista á la compañera que la casualidad le enviaba, y una semi-sonrisa asomó á sus labios, animando su rostro, dulce y grave á la vez. Jamás había visto una jóven mas linda. Sonrosada, blanca, pequeñita, sus grandes ojos azules espresaban á un tiempo la vivacidad y el candor. Aunque espesas nubes oscurecían el cielo, los cabellos de la adorable niña parecían dorados por un rayo de sol. Depositando á sus pies un canastillo lleno de flores, se puso á componer las cintas abigarradas de su linda cõfia de tul, recorrió con la vista alternativamente al carruaje, al cochera y al desconocido que se hallaba á su lado.

—¡Gracias á Dios! he llegado á tiempo, dijo despues, sin apercibirse de los duros vaivenes del carruaje: cómoda y tranquila como si estubiese sentada sobre mullidos cogines, se puso á mirar por los cristales el campo, los árboles, el camino, y los pajarillos que venían á revolcarse alegremente en el polvo, apenas húmedo, de los surcos. Bien pronto, sin embargo, la lluvia azotó tan violentamente los vidrios, que no fué ya posible á la linda curiosa ver nada. Sin demostrar mal humor, puso el canastillo sobre sus rodillas, sacó las flores que contenía y quiso hacer con ellas unos ramilletes; pero se daba tanta prisa, que por mas que hacia, no le salía bien el ramo, y su compañero de viaje no pudo reprimir una ligera sonrisa. Ella levantó la cabeza hácia él con un gracioso movimiento de pájaro, y dijo ruborizándose un poco pero sin enojo:

—Lo hago mal, ¿no es verdad, caballero?

El viagero contestó con una señal amistosa de afirmación.

Entonces ella procuró hacer mejor el ramo, pero no lo consiguió. Por dos ó tres veces, combinadas las flores de diferentes maneras, formaron un conjunto pesado y desordenado, y la pobre muchacha acabó por perder toda esperanza de formar su ramillete.

El viagero seguía con la vista sus esfuerzos.

—Vd. me enseñará, caballero, dijo esta vez con ligero enfado, y sobre todo con esa encantadora autoridad que dan la juventud, la hermosura y la inocencia, si, vd. me enseñará como debo formar el ramo.

El viagero se sonrió con esta proposición que parecía complacerle mucho y replicó:

—De muy buena gana, señorita.

Ella colocó sobre sus rodillas todas las flores, y le miró trabajar. Cuando comprendió la manera que empleaba delante de ella, le imitó tan bien, que en el momento de llegar el *coucou* á la barrera, tenía ya acabados dos primorosos ramilletes. Sin embargo, es preciso confesarlo, la discípula había aventajado al maestro, y así lo confesó este mismo generosamente.

La jóven tomó sus dos ramos, los colocó en el canastillo, y un silencio profundo reemplazó á la intimidad que había producido la lección del profesor de ramilletes entre su discípula y él.

Entre tanto el *coucou* se aproximaba al término del viage. La jóven parecía hallarse embargada de una idea que no se atrevía á emitir. Sin embargo, sus megillas se cubrieron al fin de un delicioso rubor y dijo:

—Si el señor quisiera aceptar uno de mis ramos, me proporcionaría un gran placer.

—Gracias, hija mía; vuestras flores son muy hermosas, pero no debo privar de ellas á las personas á quienes vd. las destina.

El argumento pareció irresistible á la jóven, por que no insistió mas, desprendiendo solamente del ramo el clavel mas lindo que pudo hallar, y lo presentó á su compañero de viage. Este tomó la flor y la colocó al lado de la cinta encarnada que se veía en uno de los ojales de su casaca.

La jóven se mostró muy complacida al ver el aprecio que hacia él de su regalo. En este momento paró el carruaje; pues ya habían llegado.

La linda viagera asomó la cabeza por la portezuela y volvió á meterla inmediatamente.

¡Lleve á cántaros! exclamó, y dirigió una mirada de inquietud á su bonito vestido de percal, á su delantal negro y á sus borceguies nuevos que dibujaban elegantemente sus pequeños pies.

—Señorita, dijo amablemente el estrangero, vd. ha partido conmigo su ramo, permítame que le ofrezca un asiento en el fiacre que voy á encargar al cochera que me busque.

La buena propina que, al acabar estas palabras, puso en manos del viejo regañón, le inspiraron el suficiente buen humor y agradecimiento, para que corriera cuanto sus piernas permitían y trajera un fiacre; abrió la portezuela del *coucou*, y tuvo suspendido, á guisa de paraguas, sobre la cabeza de la jóven un faldon de su ancho leviton.

—¿A dónde debo conducir á vd? preguntó el viagero, visiblemente complacido del inocente abandono con que la jóven aceptaba su protección.

—Calle del Paso de la Mula, número 3.

Pocos minutos despues llegó el fiacre delante de la casa indicada.

El desconocido empleó para preservar la cõfia de la jóven, el mismo artificio de que poco antes se había valido el cochera del *coucou*. Cuando la acompañó así sana y salva hasta la entrada del corredor que servía de vestíbulo, recibió las gracias de la linda viagera, que acabó por ofrecerle descansar algunos instantes en su casa.

Esta proposición pareció agraderle mucho, y la aceptó con una precipitación llena de infantil alegría.

—Puesto que he enseñado el arte de hacer ramos á esta niña, se dijo, bien puedo hacerle una visita, y precedido por ella, subió alegremente cuatro pisos. La jóven llamó, se abrió la puerta, y una anciana seguida de dos niñas, acudió inmediatamente.

—María! María! exclamaron ellas precipitándose en sus brazos. Mamita, buenos días.

María las abrazó, las acarició, las mimó, presentó sus megillas á la anciana, y solamente entonces se acordó del compañero que había traído.

—Perdóneme vd., caballero, le dijo con la mayor candidez, me había olvidado de vd.

—No me quejo de ello, señorita; sus lindas hermanitas y su buena mamá, son excusas mas que suficientes.

—No son mis hermanitas, son mis hijas, caballero.

—¡Hijas de vd!

—Sus hijas adoptivas, interrumpió la anciana. Figúrese vd., caballero, que mi hija, una pobre viuda arruinada por la muerte de su marido, honrado y laborioso artesano, sucumbió al dolor en la boardilla que se halla encima de esta habitacion, y me dejó sola y sin recursos con estas dos huerfanitas. Nos era pues preciso recurrir al hospital, porque á mi edad, y enferma como estoy, nada podía hacer por mí ni por estas pobres criaturas. Hablóse de mi desesperacion en la casa, y por la tarde oí llamar á mi puerta: era María, caballero.

—Señora Margarita, me dijo ella, yo tambien he perdido á mi madre hace tres meses. Estoy sola en el mundo, sin familia! vd. y estas dos niñas serán en adelante la mia.

Y desde entonces, caballero, nos ha hecho vivir en su compañía. Desgraciadamente, y este es un gran pesar para mí, caballero, la generosa niña trabaja día y noche para subvenir á las cargas que se ha impuesto, y no puede conseguirlo. Todos los meses tiene que gastar alguna cosa del capital de quince mil francos que le dejó su madre. Si estubiese yo sola, ya me habria escapado para no arruinar á mi bienhechora. Pero estas dos niñas me contienen y me quitan todo valor. Será menester llevarlas al hospital, caballero!... ¡Al hospital las hijas de mi hija!

Mientras Margarita hablaba, María permaneció con los ojos bajos, avergonzada y confusa, como si hubiesen revelado alguna mala accion cometida por ella.

—Yo estaba huérfana; no podía continuar viviendo sola, sin proteccion, sin cariño, interrumpió ella como para excusarse. Margarita vela por mí, sus hijas me aman; ¿no son estos suficientes motivos de agradecimiento, caballero?

—Es vd. una muchacha muy buena, María, replicó su compañero de viage con voz conmovida. Merece vd. que todo el mundo se tome interés por vd., y yo voy á darle una prueba del que me inspira.... riñéndola; si, riñéndola. Escúcheme, vd. hija mia, es menester que no volvais á viajar sola en carruages públicos.

—Caballero, interrumpió Margarita, ha estado cosiendo una semana en casa de la marquesa de San Vicente que la protege.

—Eso está bien hecho; pero tenga vd. presente, María, que es preciso no hablar con los viajeros á quienes vd. no conoce, y mucho menos hacer ramos de flores con ellos, que en fin, una jóven no debe dejarse conducir en coche por un desconocido. Dios ha querido esta vez que encontrase vd. un hombre á quien su hermosura é inocencia han inspirado la admiracion y respeto que se tiene á los ángeles. Pero otros muchos hubieran podido abusar de su candor. Sea vd., pues, en lo sucesivo, prudente y muda cuando viage en concho, y deje mas bien que se moje su bonita cõlla, que admitir la compañía de un desconocido.

—Ahora, por premio de mi leccion, permítame vd. que la dé un beso en su frente tan pura, y un abrazo á estas dos encantadoras niñas que la llaman su madre.

Tocó con sus lábios la frente de María, deslizó dos piezas de oro en las manos de las niñas, que sentó sobre sus rodillas, y salió sin decir como se llamaba.

—Qué señor tan bueno! dijo María.

—Esta noche oraremos por él, añadió Margarita, pues te ha dado sabios consejos, hija mia.

María esperaba volver á ver al desconocido que se había mostrado tan benévolo con ella. Sin embargo ocho meses transcurrieron sin que él volviese, ocho meses pasados penosamente para la pobre niña! Durante este periodo

largo y doloroso, derramó casi tantas lágrimas como en los días de amargura en que veía morir lentamente á su madre. La primera que cayó enferma fué la anciana Margarita; siguiéronla sus dos nietas Lidia y Matilde; y fué preciso que la pobre María se dedicase á cuidar de las tres enfermas, sin separarse de ellas ni de día ni de noche. Así que cuando plugo á Dios poner término á estas dolorosas pruebas, cuando la anciana y las dos niñas entraron casi á la vez, en plena convalecencia, las megillas de María, poco antes tan sonrosadas, habían perdido completamente toda su encantadora frescura. Pálida, flaca por las vigiliass y la tristeza, parecia haber envejecido cinco ó seis años. De las ilusiones de la adolescencia, había pasado repentinamente á la realidad de la razon. Ahora consideraba seriamente la vida y nadie antes de haber cesado de ser soltera, conocia todas sus amarguras. En otro tiempo una sonrisa de felicidad entreabria los labios de los que la veían radiante de alegría, inocencia y hermosura; ahora, sentíanse conmovidos por un misterioso enternecimiento, en presencia de su melancólica resignacion y dulce firmeza.

Una vez desterrados de la casa la enfermedad y el temor fué preciso volver al órden y al trabajo. El médico y el boticario habían hecho una gran brecha en el corto capital legado á María por su madre: púsose, pues, á trabajar con el mayor ahinco, á fin de no verse obligada á recurrir á él en lo sucesivo.

Una mañana, en que rodeada de las dos niñas, las enseñaba á coser, cuya tarea tomaba ella desde el amanecer, oyó á la vieja Margarita lanzar un grito de sorpresa y de alegría.

—¿Es vd. señor? dijo, ¿no nos habia vd. olvidado enteramente?

La puerta se abrió, y el misterioso amigo de esta familia laboriosa entró en el cuartito. Revaba un uniforme que no conocia María, y sobre su pecho brillaban muchas condecoraciones.

—Creía que ya no pensaba vd. en su discípula, caballero, dijo María sonriendo.

—Hija mia, no he cesado de ocuparme de vd. y espero darla muy pronto una prueba. Deseo que se venga vd. inmediatamente conmigo. ¿Quiere vd. ponerse hermosa y acompañarme?

—¿A dónde quiere vd. llevarme, caballero?

—Ese es un secreto mio. Dése vd. prisa; la concedo diez minutos para que se peine y vista lo mas encantadoramente posible. La cõlla de cintas abigarradas, el vestido color de rosa, el delantal negro, y los pequeños borceguies existen todavia?

—¡Ay! señor, no me he vuelto á componer desde el día en que encontré á vd. y desde entonces no han salido de ese armario.

—¡Tanto mejor! esos son el traje y los adornos que deseo se ponga vd.: manos, pues, á la obra, hija mia; diez minutos, lo oye vd? nada mas.

Sacó de su bolsillo un cucurucho de bombones, los repartió entre las dos niñas, y se informó gravemente de los progresos que hacian en la ciencia tan difícil de la lectura. Recelosas y mohinas al principio, las juguetonas niñas, acabaron por familiarizarse tanto con el caballero que se pusieron á jugar con su sombrero y á brincar sobre sus rodillas, en cuyo inocente retozo las sorprendió María al salir de su gabinete, encantadora por la sencillez y pulcritud con que estaba vestida.

—Así es como quiero ver á vd., dijo el desconocido. Abraze vd. á sus niñas y á la señora Margarita, por que espero no traer á vd. aqui hasta muy entrada la noche.

Presentóle su brazo, en el que se apoyó María con timidez. Cuando bajando la escalera, la jóven vió un coche que los esperaba á la puerta. Esta vez no era un fiacre sino un landó, si bien menos elegante que cómodo. El cochero arreó á sus caballos, atravesó parte de los

Boulevards, dirigióse al otro lado del Sena, entró en el zaguan del Instituto, y se paró delante de una de las gradas exteriores. El guía de María le dió la mano y la hizo subir una escalera secreta. Abrióse una puertecita repentinamente y María se halló en medio de una asamblea numerosa y brillante. Todos los ojos se fijaron á la vez en ella y en el que la acompañaba. María se sintió conmovida y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Hija mía, le dijo su protector, hay en esta asamblea una señora que desea mucho conocer á vd.; esa señora es mi esposa, y voy á colocar á vd. á su lado.

Diciendo esto condujo á María y la presentó á una señora llena de distinción y de bondad, la cual acogió á la costurera con una benevolencia afectuosa, y estrechando su mano entre las suyas, dijo en voz alta:

—Abrese la sesión.

Entonces muchos personajes, vestidos con el mismo uniforme que llevaba el amigo de María, tomaron asiento al rededor de una gran mesa, y uno de ellos pronunció un discurso, en el que refirió nobles y bellas acciones.

«Hemos reservado, dijo, para terminar esta serie de actos caritativos y virtuosos, la sublime abnegación de una huérfana que se ha constituido en madre de otras dos huérfanas, y en hija de una septuagenaria. Por socorrerla, por no separarse de ellas, no solamente ha pasado las noches trabajando, sino que no ha vacilado en sacrificar una parte de la herencia que la había dejado su madre. En fin, durante seis meses quiso Dios probar de nuevo la virtud de esta jóven, atacando una penosa enfermedad á las tres personas adoptadas por ella. La huérfana ha agotado sus fuerzas, su salud y sus recursos en prodigarles toda clase de cuidados, y no ha perdido su fe y su perseverancia, á pesar de hallarse sola durante tanto tiempo, en presencia de tres moribundas. Así, señores, no vacilamos en presentaros la propuesta de nuestro ilustre colega Mr. Jorge Cuvier para que se confiera á María un premio de tres mil francos.»

Los mas estrepitosos aplausos resonaron en todos los ángulos del salon. No hubo una persona que no se levantara para ver á la laureada jóven, y las mugeres le arrojaron sus ramos de flores. En tanto que ella, con los ojos llenos de lágrimas de enternecimiento, creía estar soñando, el gran naturalista le presentó su mano y la condujo ante el presidente, quien le entregó el premio que tan dignamente había merecido.

—¡Oh! ¡señor! dijo ella, ¡qué feliz me haceis!

—Hija mía, replicó el hombre célebre, este día es uno de los mas dichosos de mi vida!

Terminada la solemnidad, Mr. Cuvier llevó á su casa, en el Jardín de las Plantas, á su linda protegida; la cual comió con la familia del académico; y á la noche, en el momento de partir, recibió una cartera de tafilete verde.

—Vd. ha gastado cinco mil francos de los quince mil que le había legado su madre; la Delfina me encarga que entregue á vd. esta cartera en la que hallará vd. una suma igual á la que ha gastado, y además el documento que acredita la pensión de doscientos francos que S. M. se ha servido concederla. Ya vé vd. María, que el trabajo, la virtud y la caridad obtienen su merecido premio y producen la felicidad. Adios; cada quince días vendrá vd. al Jardín de las Plantas, y comerá con mi hija, conmigo y con mi esposa.

¡Juzgue el lector cual sería el gozo y la felicidad que María llevó á su casa! Cuántas no serían las bendiciones que saldrían de los labios de Margarita y con que fervor no dirigiría aquella venturosa familia sus preces á Dios antes de acostarse aquella noche!

A la mañana siguiente á este dichoso día, que todavía se presentaba como un sueño á la imaginación de María, hallábase esta ocupada en trabajar al lado de su ventana: á pesar suyo, el recuerdo de cuanto le había sucedido la víspera, hacía caer la obra de sus manos y la abismaba

en dulces y largas meditaciones, cuando de repente sus miradas, hasta entonces errantes y distraídas, se fijaron en la casa de enfrente, y vió salir de ella algunos sacerdotes acompañando un féretro. Detrás de ellos marchaba un jóven llorando amargamente.... Seguía el féretro de su madre. María no pudo contener sus lágrimas, porque se sentía movida de compasión, y participaba del dolor de aquel jóven acordándose del día en que ella también había visto llevar el féretro de su madre.

Ora fuese casualidad, ora que Dios lo hubiese dispuesto así, el jóven alzó la cabeza, y vió las lágrimas de María; comprendió que ella le compadecía. En medio de su cruel dolor, sintióse menos desgraciado con esta compasión inesperada, pues le parecía que ya no estaba tan abandonado en la tierra.

Por la noche, cuando entró en la alcoba desierta donde ya no vió á su madre, abrió la ventana y se puso á mirar por detrás de las vidrieras, alumbradas por la luz de una lámpara, á María que trabajaba rodeada de las dos niñas y Margarita.

Trascurrió un mes, después del cual vino una mañana Mr. Cuvier á visitar á su protegida. Cuando salió, esperaba al lado de su carruaje un jóven de muy buena presencia y vestido de negro.

—Perdóneme vd. señor, le dijo, pero quisiera tener el honor de hablarle. Es sobre una cosa que interesa á la señorita María.

Cuvier le hizo subir en su carruaje y sentarse á su lado. El jóven le dijo que se llamaba Felipe T..., que era cajista de una imprenta, que amaba á María y quería casarse con ella.

—No carezco de recursos, dijo, tengo una pequeña renta de mil francos, y gano siete al día en casa de mi principal. En fin, señor, mi conducta es regular y he recibido educación. María sería feliz conmigo; á lo menos haré todos los esfuerzos posibles por conseguirlo.

Cuvier volvió á subir á casa de María.

—Un jóven, que vive enfrente de esta casa acaba de hablarme de vd., María.

Un vivo carmin encendió las mejillas de la jóven costurera.

—He ahí lo que parece un buen agüero para él, añadió el naturalista; es inútil decir á vd. que la ama y que desea obtener su mano.

—Mi querido protector, contestó María repuesta de su emoción, y después de un momento de silencio, la petición de un hombre honrado que quiere casarse conmigo, y se dirige á vd. para trasmitirme esta petición, debería solamente honrarme: pero debo dar á vd. algunas esplicaciones antes de contestar; ó mas bien, cuando vd. me haya oído, vd. mismo contestará por mí.

—Mi padre pertenecía á una familia de mercaderes de géneros de moda; se casó con mi madre, heredera de un hombre célebre; el casamiento se celebró contra la voluntad de ambas familias. Esto produjo pesares y terribles pruebas á que los dos sucumbieron, quedando yo sola y huérfana en el mundo. A pesar de este abandono y de mi pobreza, señor, vacilo en casarme con un simple artesano. Si hago mal, sabré muy bien vencer este escrúpulo. Diga vd., ¿qué me aconseja?

—Voy á referir palabra por palabra nuestra conversación á Felipe, y el decidirá la cuestión.

Y fué á contarle todo al jóven que le escuchó con la cabeza baja.

—¿Y bien, qué resuelve vd.?

—Señor, respondió, suplique vd. á María que espere dos años antes de pensar en otro casamiento. Le pido este favor en nombre de mi madre y de la suya que nos miran desde el cielo. De ahora para entonces sabré conquistar un nombre y una posición dignos de ella.

Cuvier volvió á subir los cuatro pisos de la casa de María, y le comunicó la respuesta del jóven.

Esta vez, señor Cuvier, dijo ella despues de un momento de reflexion, yo misma iré á llevar mi respuesta á Mr. Felipe. ¿No opina vd. como yo, en que haré muy bien en ponerme bajo la proteccion de un corazon tan noble?

Margarita fué á avisar á Felipe que subiera.

—Presento á vd., le dijo Cuvier, á vuestra desposada.

Felipe no pudo contener las lágrimas que llenaban sus párpados, ni los sollozos de felicidad que ahogaban su pecho.

Tres meses despues, se celebró la comida de bo-

das en el Jardin de las Plantas, en casa de Mr. Cuvier.

Hoy Felipe ha llegado á ser uno de nuestros mas hábiles y ricos impresores. María ha ayudado poderosamente á Felipe en los nobles esfuerzos que ha hecho para conquistarse su fortuna.

En el salon de María hay un busto de mármol de Cuvier y un ramo de flores secas.

¿Tengo necesidad de decir que jamás mira ella sin viva emocion el busto y el ramo?

ENRIQUE BERTHOUD.



LA MAÑANA DEL DOMINGO.

En un poema rústico compuesto por el poeta Burns, es donde el pintor Johnston ha hallado el asunto de la graciosa escena de felicidad doméstica que acompaña á este artículo. El poeta tiene razon cuando esclama que «los verdaderos manantiales de la gloria del pais, del amor de la patria, se encuentran en las dulces y santas emociones de la vida privada de los mas humildes ciudadanos.»

El sábado por la tarde, concluidas las tareas de la semana, reúne el labrador su azada y su biello y se dirige presuroso hácia la mansion, donde á la mañana siguiente se promete gozar suavisimas horas de tranquilidad y paz. Allí le espera la púdica sonrisa de su amada compañera y los tiernos balbuceos del hijito que salta y juguetea en el regazo maternal. Allí encontrará todo lo que contribuye á desimpresionar el ánimo de las fatigas y el trabajo, esto es, los dioses del hogar doméstico, la paz y el amor.

En efecto, si hay alguna felicidad posible en este mundo, debe buscarse solo en medio de cándidas parejas como esta, jóvenes y encantadoras, que marchan y trabajan apoyado el uno sobre el otro, y cuyo pasatiempo en los dias de descanso se cifra en la lectura de libros instructivos y sábios, delante de la entrada de la humilde cabaña, bajo la sombra perfumada de la blanca ojiaacanta, ó de la acacia que regala á las brisas fugitivas su nieve y suaves perfumes.

El padre, con la natural sencillez de la ancianidad, ha abierto desde muy de mañana el gran volumen, que constituye el orgullo de la familia; porque este venerado libro es el mismo en que leía su abuelo en los dias de su

infancia. Ahora, antes de volver las hojas, descubre con gravedad sus arrugadas sienes, apenas guarnecidas por algunos cabellos blancos. Llenando dignamente el sacerdocio de familia, envia la felicidad que le rodea y los recuerdos de su dilatada vida, á aquel que es el principio y origen de todo bien. Despues con juicioso cuidado elige y lee que «el denario dado por la viuda es precioso á los ojos de Dios, que el que ama y llora será perdonado; que el reino de los cielos está destinado para los que tengan un corazon puro.» Acaso cuenta la historia de Joséf que perdonó á sus hermanos; la de Ruth que no quiso abandonar á la madre del esposo que habia perdido y trabajaba para ella; refiere las aventuras del hijo pródigo á quien recibió su padre con los brazos abiertos; la santidad de Tobias acompañado por un ángel cuando fué á curar á su padre, y aunque el venerable anciano no se cuida mucho del orden de los tiempos, conoce la historia de todas las épocas desde la oscuridad de su cabaña, y sabe de antemano si debe entonar uno de los cantos de triunfo ó de las acciones de gracias del rey profeta, ó si conviene llorar con Rachel el hijo que ha perdido y que jamás le será devuelto.

A su vez el hijo del anciano labrador, lee alguna historia interesante y útil. La tranquilidad y la paz parecen descender á su voz con los tibios rayos del sol que empieza á iluminar el horizonte, y en tanto que aspira el embalsamado ambiente de las flores ó escucha los dulces y armoniosos suspiros del céfiro de la mañana, dirige con los ojos humedecidos de placer, una tierna mirada á los inocentes hijos que le oyen con profunda atencion, ó al rostro cándido y modesto de su compañera.

Allí, en el centro de su tranquila felicidad, de los afectos que constituyen su existencia, de los deberes que lo ennoblecen, el hombre honrado, siente en su corazon que es la obra mas noble de ese Dios supremo hácia el cual eleva su reconocimiento y su amor.

ESTUDIOS FANTASTICOS.

LA TORRE DEL DIABLO, EN EL CASTILLO DE MONFORT.

LEYENDA PROVINCIAL.

Las crónicas populares antiguas, tan llenas de interés en todos tiempos, se multiplicaron principalmente en el siglo XVI; y trasmitidas hasta nuestros dias, nos han arrullado en las largas noches del invierno de nuestra infancia.

En el siglo XVI subió al trono de Francia, Catalina de Médicis. Rodeada de una numerosa comitiva fanática, que creía en espectros y apariciones, no tardó el pueblo en participar de aquellas ridículas creencias de la corte, y como no hallaba en los acontecimientos comunes, con que distraer su loca imaginacion, se entregó á los cuentos absurdos de fantasmas y brujas, que sancionados por el tiempo llegaron á ser artículos de fé para nuestros crédulos antepasados. El espíritu de independendencia por un lado y el odio contra la nobleza por otro, se agoderaron mas tarde de aquella supersticion; de aqui nacieron esas leyendas espantosas de crímenes y venganzas infernales que el espíritu de partido supo esparcir entre los vasallos. La Borgoña, pais feudal, prestaba mas campo

que algun otro á la imaginacion fantástica: las sombras de los muertos podían pasearse á su gusto por los vastos dominios que rodeaban á Dijon, la antigua ciudad del Parlamento. El disipado señor, podía hacer pactos libremente con Satanás, por que las tristes galerías de su castillo, los anchos fosos que le protegían, y los altos torreones coronados de culebrinas, le ponían al abrigo de toda curiosidad; y hasta el limosnero que en otro tiempo conjuraba á los diablos no tenía entonces suficiente poder para arrojar á Lucifer cuando tomaba posesion de alguna de las habitaciones del castillo.

Con estos antecedentes, no era extraño que diesen crédito á aquellas farsas que se representaban ya en el castillo de Vergy situado en la cresta de las rocas, ya en el de Semur ó el de Monfort. Este último nos recuerda una de las leyendas mas curiosas de la edad media, y de la que tomamos el siguiente pasage entre Satanás y el Sr. Arturo de Monfort.

Eran las dos de la mañana, cuando el puente levadizo que acababan de echar, daba paso á un jóven de 25 años, vástago de la ilustre familia de los Monfort. La desesperacion mas profunda se veía pintada en su rostro, en el que violentas pasiones habian impreso ya su huella; se paseaba inquieto por las prolongadas galerías adornadas con los retratos de sus progenitores, y lanzaba en torno suyo miradas ávidas que denotaban necesitar en aquel momento un auxilio sobrenatural. Desde la edad de 18 años, Ar-

turo había sido dueño de su fortuna; su padre muerto en la última cruzada, no le había dejado persona alguna que le guiase por el camino que él había seguido: una cariñosa madre que era el único freno que tenía en su borrascosa juventud, la había perdido Arturo, siendo aun muy joven para poder pasar sin los sabios consejos y el cuidadoso esmero que le prodigaba. Desde esta época se entregó Arturo á todos los excesos de una vida disipada; siendo los jóvenes mas disolutos de toda la provincia sus amigos inseparables: á pesar de tener sentimientos nobles y generosos, en medio de aquella vida licenciosa, estaba siempre dispuesto á seguir ciegamente los ejemplos del vicio que tenía de continuo á la vista. Intrigantes de todas especies, y jóvenes arruinados conspiraban políticamente contra la inmensa fortuna del joven Monfort; en vano Dario antiguo mayordomo de la casa, le representaba con los colores mas negros el abismo que iba profundizando día-

riamente delante de él, y en el que al fin se precipitaría: estas justas reconvenciones irritaron á Arturo, y despidió al honrado mayordomo, sin respetar sus años, ni los leales servicios que había prestado á toda su familia. Un criado complaciente ocupó la plaza de este fiel servidor que aconsejaba á su señor con energía y respeto al mismo tiempo.

En menos de cuatro años desapareció la colosal fortuna de los Monforts, y el desgraciado Arturo en una orgia nocturna había perdido hasta el panteón de sus padres; aquellas suntuosas habitaciones, en que se paseaba como señor de ellas no le pertenecían ya. Al día siguiente su dichoso antagonista vendría á dar órdenes en aquel castillo en el que hacia quinientos años solo habían mandado los que llevaban el noble apellido de Monfort. Aquella morada donde había nacido, aquellas estensas galerías en las que cuando niño ejercitaba sus fuerzas en la car-



rera, aquel parque deliciosísimo, aquellos bosques tan frondosos, en los que apenas penetraban los rayos del sol; todas estas bellezas iban á pasar á manos de un nuevo poseedor; á manos de un vil jugador, sin nombre, sin reputación, sin origen conocido: algun lacayo tal vez, iba á sentarse con insolencia delante de los retratos de tantos hombres ilustres, y á usar de unos derechos que nunca deberían haberse transmitido á ninguna otra familia. Ya no podrá renovar las flores del sepulcro de su madre ¡El sepulcro de su madre! ¡Oh! no, prefiere la muerte á separarse de aquella tumba querida: el desgraciado Arturo quería poner término á una existencia que no le ofrecía mas que desgracias y oprobio; nada le podía hacer retardar el reunirse con su tierna madre y allí en la mansion eternal, creía encontrar el reposo que sus pasiones fogosas le habían arrebatado. Sin embargo era joven y aun podía disfrutar largos días de felicidad.

Pero todo esto parece un sueño: sin duda está siendo víctima de una horrible pesadilla. Este joven tan rico

ayer, reducido hoy á la mas espantosa miseria; no ¡es imposible! Examina con cruel ansiedad las horas que habían transcurrido durante su ausencia del castillo y reconoce que es bien cierta por desgracia su ruina; todo lo ha jugado y perdido, todo. Su castillo con los ricos muebles que contenía, las tierras, en fin, hasta el nombre de su familia: nada podía salvarle de la vergüenza y la desesperación. Necesitaba mucho oro, mucho, para librarse del deshonor que le esperaba. ¡Mucho oro! y ¿dónde encontrarlo?

Estas reflexiones ocupaban la imaginación del joven Monfort de tal manera, que se entregaba á las mas extrañas ideas, concebía planes descabellados, y hasta llamó en su ayuda el poder de los espíritus infernales del que había oído hablar con éxito entre sus compañeros de desórden. Por poseer solamente, un cofrecito que había sobre una mesa, lleno de oro, hubiera vendido su alma á Lucifer. ¡Su alma! el desdichado hacia tiempo que ignoraba lo que valía.

Apenas concibió este horrible designio, oyó claramente una voz retumbante y que el mismo Satanás contestaba á la imprecación que acababa de hacerle. «Jóven, eres desgraciado, mas aun de lo que te figuras. No conoces bien la horrible suerte que te espera. ¿Qué será de tí, criado con tanto esmero en medio de los mayores placeres, y acariciado por cuantas personas te rodeaban? En saliendo de tu hermoso palacio, ¿crees encontrar un amigo que te tienda una mano generosa, y alivie tus penas? Aquellos que hasta aquí han participado de tu fortuna, te volverán la espalda; todos los caminos los hallarás cerrados; arruinado y sin esperanzas de volver á rehacerte, tendrás que renunciar al rango de tus abuelos: por último, te verás obligado á obedecer á los que siempre has mandado. Y arrastrando esta miserable existencia de ciudad en ciudad, adivina el porvenir que te aguarda. Un solo medio te resta de reparar tantas calamidades, del cual puedes hacer uso. Hace un momento pedías oro, mucho oro, pues bien, lo tendrás. Mañana al rayar el día cuelga ese cofrecito en la torre mas alta del castillo, y le encontrarás lleno del metal que ambicionas, quedando á mi cuidado el que siempre le halles del mismo modo; te lo prometo bajo mi palabra. Las condiciones de este servicio, tú mismo te las has impuesto; tu alma me pertenecerá desde el momento que yo haya llenado el cofrecito; despues de tu muerte reclamaré mis derechos.» Así habló Lucifer. Me conformo; contestó Arturo, y cuando hubo pronunciado estas dos palabras, se halló de nuevo solo en el cuarto.

Esto no era una ilusión; con el oro podía rescatar su castillo que siempre debiera haber respetado; el recuerdo de esta angustiosa noche le haría separarse para siempre de sus perniciosos compañeros de libertinage. En medio de su gozo, besaba con alegría las paredes de aquella sala contra las cuales momentos antes se aporreaba la cabeza con despecho; no temia verse ya separado de aquella dilatada parentela cuyos retratos colocados en su derredor contemplaba lleno de júbilo. Entre ellos estaba el de su madre, cuyo rostro animado entonces por la salida del sol, parecía querer interponer su autoridad maternal para oponerse á la conducta de su hijo. Este, helado de pavor, se quedó inmóvil delante de aquel lienzo que le recordaba los cariñosos á la par que útiles consejos que de ella había recibido: en aquel mismo salon donde él acababa de hacer un pacto con el diablo, se había arrodillado muchas veces su virtuosa madre para darle ejemplo de lo que debía al

Ser supremo. ¡Insensato! acababa de separarse para siempre de la que tanto le amaba! Estas reflexiones eran un tormento cruel para el jóven Arturo, que imploraba de rodillas, la proteccion de aquella que había guiado sus primeros pasos.

Una idea cruzó rápidamente por su imaginacion. Satanás se ha obligado, decia, á llenar de oro el cofrecito; impidiéndole que lo verifique, anulo el derecho que le di sobre mi alma; para realizar este pensamiento, se le ocurrió al jóven Monfort quitar el fondo del cofrecito, con lo cual no podia llenarse nunca. El mismo colocó la arquita en la torre mas alta de su castillo; apenas hubo concluido esta operacion, empezó á caer una lluvia de monedas de oro, que pasando por el cofre desfondado iban á parar con estrépito al pié de la torre. Satanás redoblaba sus esfuerzos en acumular el oro conque compraba aquella alma que parecia escapársele de entre las garras, y trató á toda costa de llenar el inmenso espacio que le impedia cumplir su palabra. Arturo conociendo la intencion del diablo, llamó en su ayuda á sus criados y todos los vasallos que fué posible reunir. Llegaron estos provistos de palas y azadones y unieron sus esfuerzos para estender aquella montaña de oro que amenazaba llegar hasta el cofrecito. Arturo á la cabeza de los trabajadores, les suplicaba no le abandonasen; no intimidándose estos, ni por las heridas que recibían (pues este oro, lanzado por un poder infernal, les heria horriblemente), ni por la ligereza conque Satanás enviaba el metal que debía asegurarle el triunfo.

A las doce del día, aun no había cesado aquella lluvia fatal, pero al sonar el toque de oraciones en el presbiterio, se oyó una horrible detonacion y los campesinos asustados, retrocedieron con espanto. De repente aquella alta torre que por su solidez parecia desafiar las injurias del tiempo, se desplomó por sí sola con un estrépito espantoso. Satanás había sido vencido y en su impotente rabia acababa de destruir aquel monumento teatro de su derrota. En vano Monfort que abrigaba ya sentimientos dignos de su noble estirpe, trató de levantar la torre destruida por Lucifer, pues siempre algun acontecimiento inesperado destruía las obras principiadas; y ni él ni sus sucesores pudieron reparar aquel defecto del magestuoso castillo. Hoy todavia se enseña á los viajeros curiosos aquellas antiguas ruinas, diciéndoles:

Aquí estuvo la torre del Diablo.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LOS DOS MENDIGOS.

O LA CONSPIRACION

DEL DUQUE DE MEDINA SIDONIA.

(1641.)

En una serena noche de verano en una quinta inmediata á Valencia, rodeada de hermosos jardines, se daba un baile al que habían concurrido muchos habitantes de aquella hermosa capital. La sala de baile estaba en la planta baja de la quinta, y las ventanas abiertas dejaban respirar el suave aroma que exhalaban las flores y los naranjos del jardín. Las persianas abiertas á causa del calor, dejaban ver parte del interior de la sala del sarao.

Damas y caballeros al son de una música suave y deliciosa, tomaban parte en el baile, seguían con sus movimientos voluptuosos la cadencia de la orquesta.

Entre tantas hermosas damas brillaba por la elegancia y riqueza de sus adornos, por la modestia de su rostro y por lo esbelto de su talle de donde, segun la moda de la época, salían unas anchas sayas de pesada selería entretejada con bordados de oro, la gentil doncella que al día siguiente debía desposarse con don Jaime de Moncada y en cuyo obsequio se daba en la casa de sus padres el suntuoso festin. Doña Juana de Castellanos parecia un ángel de esos que los pintores han trazado al rededor de la divinidad en los momentos mas felices de su inspiracion. Los caballeros codiciaban sus miradas, las jóvenes envidiaban su suerte. Juana solo parecia triste en medio de tanta alegría y poco satisfecha de su porvenir.

Los criados de la casa, y los que de Valencia y las quintas vecinas habían acompañado á sus amos, se solazaban en la cocina y antesalas de la casa, y procuraban

divertir el tiempo que tenían que aguardar á sus amos.

Dos mendigos atraídos al rumor de la fiesta y favorecidos del descuido de los criados penetraron en el jardín.

El uno tuerto y manco, el otro sano de todos sus miembros y ambos aficionados á esa vida errante, vagabunda y que de muy antiguo ha sido una cómoda y útil profe-



sion en España. Ambos se sentaron en un banco de piedra, ocultos á la vista de todos por el enramado follage de un suave jazminero que cubria un elegante cenador.

—Desde aquí podremos ver cómodamente el baile, dijo el uno de ellos llamado Perico Gonzalez. Yo pienso pasar aquí toda la noche respondió el tuerto y manco, Sancho Castilla. Me divierte oír las flautas y violines, además tal vez habrá ocasión de coger algunos reales. Esta mañana he oído decir en la puerta de la iglesia de los Desamparados que con motivo del matrimonio del señor don Jaime Moncada iba á dar muchas limosnas á los pobres de Valencia. ¡Dios se lo pague!

Los mendigos estuvieron un rato contemplando la sala del baile y se acomodaron sobre un banco en el cenador sin cuidarse de ocultar sus personas cubiertas de andrajos, como hombres bien persuadidos de su derecho de entrar en todas partes para pedir limosna é importunar á los demás.

—Cuánta riqueza! exclamó Sancho, estirando sus asombrados ojos. Cuántas señoras! y con mas joyas encima que la Virgen de los Desamparados. Capaz es esto de tentar á otros tan buenos cristianos como nosotros.

—Calla. El noveno mandamiento es no codiciar los bienes ajenos.

—Ni la muger, respondió Sancho señalando con el dedo. Mira, aquella es doña Juana, la que vá á salir á bailar con aquel caballero vestido de negro y con un cordoncillo de diamantes en el sombrero.

—Qué pálida y abatida está, observó Perico Gonzalez. Sin duda el caballero con quien baila es su novio. Juraría que yo he encontrado á ese hombre en alguna otra parte.

—¿A la puerta de la iglesia de los Desamparados?

Sancho hizo un gesto afirmativo.

—Por eso, añadió despues con misterio, he querido venir á ver esta boda y conocer el rostro del novio.

¡Ah! no era por él por quien tan fervorosamente oraba en la iglesia?

—¿Pues que tú sabes?

—Amigo Sanchillo nosotros que todo lo husmeamos en las puertas de las iglesias, de los palacios y de las casas, sabemos muchas cosas que callamos.

—¡Bien! aquí hace fresco, la música deliciosamente llega hasta nosotros, nadie vendrá á interrumpirnos, tú vas á contarme una historia de amores.

Y al mismo tiempo se tendió cuan largo era sobre la tierra, poniendo por almohada una alforja que llevaba sobre sus hombros y que dobló estando absolutamente desocupada, colocó su único brazo sobre el pecho, y se dispuso á dormir muy dulcemente.

Perico Gonzalez empezó así.

—Pues señor...

—¡Principio de todo cuento!

Don Juan de Castellanos era uno de esos hidalgos, que descenden del Cid, y así al pedirle yo limosna siempre le decia: *Noble y piadoso caballero...* y jamás dejó de darme algun realillo de vellon. Buen cristiano rancio, y viejo de edad, todos los dias venia á oír misa en los Desamparados. Hace ya diez años que el pobre está comiendo tierra, y su viuda con cuatro hijas solo tenia para mantenerse un mayorazgo en las montañas de Santander.

—Caballo de caña y mayorazgo en la montaña, murmuró á media voz Sancho...

—Tres de sus hijas entraron en un convento, único recurso de las doncellas pobres ó feas, y doña Juana por su poca edad no habia seguido aun el rigido destino de sus hermanas.

La madre y la hija continuaron todos los dias oyendo misa en los Desamparados. Todos los dias les pedia yo limosna, y todos los dias la joven sacaba de su escarcela algunos maravedises, que separando el velo que cubria

su hermoso rostro con tímida mano dejaba caer en mi sombrero. Algunas veces me encomendaban rezase un padre nuestro á su intencion que, solia conmutar en un vaso de vino de Alicante á su salud. Nunca faltan jóvenes á las puertas de las iglesias á ver salir las muchachas, y algunos mas emprendedores á darlas el agua bendita. Muchos estaban enamorados de Juana, y oían sendas misas por verla, ó hacían el arrimon en el cancel de la iglesia. Yo lo observaba todo; un pobre á la puerta de una iglesia es el mejor vigilante. La madre acompañaba constantemente á su hija; imposible el darle un billete amoroso, mas imposible aun el hablarla. Un joven la seguía asiduamente. Un día se llegó á mi y me entregó un doblon y un papel muy doblado. Toma, me dijo, el doblon para tí, el papel para doña Juana, esa hermosa señora que todos los días echa limosna en tu sombrero. No sabia como hacer. Puse el papel en mi sombrero, y cuando doña Juana vino á echar su limosna... el diablo son las mugeres, nacen ya enseñadas á la malicia. Doña Juana me miró, cogió el billete y dejó en su lugar una peseta. El caballero estaba detrás de mí, vió cumplida mi comision y siguió á doña Juana. Desde entonces mi sombrero se transformó en estafeta, y esta operacion se repetia diariamente y con la mayor discrecion. Una enfermedad de unos dias impidió á la madre acompañar á la misa á su hija; vino una dueña en su lugar. Mientras que la dueña rezaba, los amantes se hablaron, yo no sé lo que se dirian, pero desde entonces cesó el correo de mi sombrero, sin duda habian hallado medios mas agradables de comunicacion. Una reja, una ventana, una puerta de un jardin, valen mas que el sombrero de un mendigo. Restablecida la madre de Juana continuó con ella sus piadosas devociones. Hace dos dias me dijo: el jueves voy á distribuir un pan, vino, y ocho maravedises á los pobres á la puerta de mi casa, no faltes...

—Es hoy precisamente, interrumpió Sanchillo.

—Ya lo sé... Doña Juana lloraba, y me dijo: Perico encomiéndame á Dios. Ayer no vinieron ni ella ni su amante á los desamparados, hoy tampoco. Ayer supe que doña Juana se casaba con un don Jaime de Moncada natural de Barcelona, yo creí que era el caballero de los billetes y del doblon, y me encuentro con una cara enteramente desconocida. No, no es el que ama doña Juana, y sin embargo van á casarse.

—¿Quien sabe?, dijo una voz que hizo estremecer á Sanchillo Castilla, y al mismo tiempo salió un hombre de entre las ramas del jazminero.

Era un hombre alto, de hermosas facciones, elegante vestido y un sombrero caído sobre los ojos, ocultaba parte de su rostro, y una ancha capa cubria su cuerpo.

—Toma, dijo echando una cosa en el sombrero de Perico Gonzalez. ¿Veremos á ver si tienes bastante atrevimiento y destreza para entregar aun ese billete.

Perico volviendo en sí de la sorpresa de la pronta aparicion, se santiguó y respondió.—Voy señor.

El baile continuaba en la mayor animacion. Las parejas pasaban incesantemente por delante de las ventanas, formando en la oscuridad grandes cuadros luminosos en donde se movian estas graciosas figuras. Doña Juana apoyada en la balaustrada de una ventana, contemplaba la hermosura de la noche, y desojaba distraída el ramo de flores de azar que llevaba en su pecho. Saludaba con sonrisa á cuantos se la aproximaban, pero un pensamiento de dolor se dejaba traslucir en su pálida frente. D. Jaime de Moncada estaba en el colmo de su felicidad. No se separaba de su futura, la dirigia tal vez por la primera vez palabras de amor que ella no podía rehusar el oír. La madre contemplaba orgullosa el porvenir de su hija, que la pobreza condenaria como sus hermanas á la austeridad de un claustro, y sentia no haber encontrado para ellas igual fortuna. Juana contemplaba, sin escuchar las tiernas expresiones de D. Jaime, los bosques del jardin, el cielo

donde resplandecian las estrellas, el horizonte con el azul oscuro del mar.

Una sombra pasó por delante de su ventana, y con voz humilde, noble y piadosa señorita, dijo, caridad para un pobre cristiano, Dios os lo pagará en este mundo y en el otro.

Estremeciósese Juana al oír esta voz, palideció su frente y se contrajeron nerviosamente sus labios, dejando escapar una débil exclamacion.

—Ese miserable os ha asustado, dijo D. Jaime mirando hácia el jardin. Voy á hacer que lo echen inmediatamente al campo; y al mismo tiempo salió para cumplir su propósito.

Entonces, Perico Gonzalez alargando el sombrero entregó á Juana el billete que era un pedazo de papel en el que solo habia trazadas estas palabras. «Juana, yo estoy aquí; te aguardo, ven si no quieres dar lugar á que vaya á buscarte en medio de la fiesta».

La joven leyó el billete cubriéndolo con su abanico, lo escondió temblando en su pecho, y fijó sus ojos en el jardin.

El hombre desconocido se habia internado en los bosques de naranjos, y Perico Gonzalez, volvió al cenador donde encontró á su compañero Sancho.

—¿Qué haces?, le dijo, viéndole echar mano á su puñal, y con el único ojo que tenia sombrío y lleno de animacion.

—He visto á uno que no esperaba hallar aquí; me he encontrado cara á cara, con mi mas mortal enemigo. ¡Vive Dios, que su vida ha estado pendiente de un hilo.

—¿Dónde está?

El mendigo miró á su alrededor, y respondió con voz baja: cerca de nosotros, es ese caballero cuyo billete acabas de llevar. ¿Tu ignoras su nombre? Yo te lo diré.

—Es decir que ese caballero no es lo que parece, tal vez es uno de los nuestros, algun cofrade de la pordioseria.

—No, respondió Sancho con sangre fria. Es D. Alonso de Guzman primogénito del duque de Medina Sidonia, gobernador de Andalucia, grande de España.

—¿Que me cuentas Sanchillo? y que hace en Valencia con tan poco tren?

—No sé, yo no lo he conocido en este pais, sin duda ha venido secretamente, y Dios sabe que tramoyas traerá entre manos.

—Esto pica en historia, y tu vas á contármela. Solos estamos y puedes hablar.

—¡Ah! Esta no es una historia de amoríos aprendida á la puerta de una Iglesia, dijo Sanchillo lanzando un hondo suspiro, yo antes he sido otra cosa...

—¿De veras? interrumpió Perico, siempre tuve yo mis recelos acá dentro de que tú habias tenido otro modo de pedir el dinero del prójimo.

—Si, antes de llevar las alforjas he llevado la escopeta, y no haré misterios contigo. Hacía viajes á las fronteras de Portugal, y tan pronto en este reyno como en España hacia el comercio, mis negocios iban muy bien, y ahora estaria sano y salvo con todos mis miembros, en mi aldea, rico y considerado, pero me metí en los negocios de los grandes y me perdí. ¿Tu no me comprendes?

—¡Ni una jota!

—Desde que el duque de Braganza se insurreccionó contra el rey de España nuestro señor, y los portugueses rebeldes le hicieron rey, seguia secretos tratos en Andalucia, y existia una activa correspondencia que se encargaban de llevar á un punto y á otros gentes que no inspiraban recelos, unas veces frailes mendicantes, y otras contrabandistas. Así hacia llegar el duque de Medina Sidonia sus cartas á su hermana la reina de Portugal.

—¿Un negocio de estado! una conspiracion! podian haberte ahorcado.

—Sin duda, pero el que no se embarca no pasa la mar.

—¿Es verdad!

—Yo no sabia lo que se tramaba, las cartas iban cer-

radas, además no sé leer. Un día ya á la vista del hombre á quien yo acostumbraba á entregar las cartas en las inmediaciones de SanLucar, me vi perseguido por las gentes encargadas de cobrar los tributos, quisieron registrar los géneros que traía sobre mi caballo, me refugio á una pequeña casa, y cuando la vista del hombre á quien yo entregaba los misteriosos papeles debía protegerme contra mis perseguidores y salvar mi pequeño caudal, él mismo, yo lo ví, les sugirió la idea de que pegasen fuego á la casa en que me hallaba, y al huir entre el humo y el incendio me apuntó con su arcabuz y me puso tan mal parado como ves; cuando volví en mí me hallé bañado en sangre, horriblemente mutilado y unos pasajeros me condujeron al hospicio de un convento, donde los benditos religiosos me curaron. Desde aquel fatal día imposibilitado tuve que abrazar la vida de pordiosero... Desde entonces no había vuelto á ver al hombre de la misteriosa correspondencia, á mi asesino..... juzga cual habrá sido el movimiento de mi sangre al volver á verlo en el hombre ese á quien acabas de hablar.

—¡Jesus! ¡Jesus!... exclamó santiguándose Perico.... ¿Y por qué quería matarte?

—Quien sabe, tal vez porque los soldados no cogiesen los papeles. Yo tengo acá, dijo tocándose en la frente, mil extrañas ideas.

En esto oyóse un confuso rumor en la sala de baile, y la agitación que se manifestaba en todos los concurrentes se comunicó al jardín, que varias personas recorrieron con antorchas en todas direcciones.

Asombrados los mendigos mezcláronse á la multitud y solo oían los desconsolados acentos de la madre de Juana que la buscaba por todas partes. Juana había desaparecido de la sala del festín!

II.

Era poco mas de la media noche.

Quince días después de la noche fatal del baile, una joven hermosa, pálida, miraba desde una ventana con los ojos arrasados de ardientes lágrimas, unos caballos preparados en el patio de la quinta de Liria, y que denotaba la próxima partida del que la habitaba. La joven era doña Juana, el hombre que iba á marchar era el joven desconocido que le hizo salir con el misterioso mensaje del salón de baile de la casa materna, y que con gentes apostadas la había arrebatado de los brazos de su familia para estrecharla en los suyos; y seducida del amor y bajo mentidas promesas de matrimonio, sumirla en el deshonor y la infamia. Juana amaba á su seductor que con nombre fingido había cautivado su amor; conducida por el error y la violencia á su quinta había cedido á sus deseos, y al ver los preparativos de su marcha, veía desaparecer las esperanzas que de un legítimo enlace le habían hecho concebir para triunfar de su honor sus engañadoras protestas.

La posesión había entibiado el afecto de su amante, su indiferencia le traspasaba el alma, y la memoria del acerbo dolor que sentiría su madre al notar su desaparición, era un cruel tormento que desgarraba noches y día su corazón, y que no bastaban á disipar las fugaces ilusiones del amor.

Contemplaba en silencio Juana los preparativos para la marcha de su ingrato amante, abatida al ver disiparse sus esperanzas, avergonzada al contemplar la infamia de que se hallaba cubierta. Hacía un día que su amante la había abandonado, y la ausencia de un día entero, la vista de los caballos ensillados, el movimiento de criados que notaba en la quinta, todo indicaba la proximidad de un pronto y repentino viage, ningún indicio revelaba la dirección y el objeto de esta marcha. Este misterio reducía á la desgraciada Juana á la desesperación.

—Vá á marchar, exclamó juntando sus manos y alzándolas en ademán suplicante al cielo, vá á marchar, me abandona; pero yo le seguiré, en cualquier rincón del mundo donde se retiré le encontraré, y permaneceré á su lado. Si, yo soy su esposa á los ojos de Dios, él ha recibido nuestros juramentos, y todo, todo lo he abandonado por él.

A punto de desmayarse estuvo la desgraciada Juana, agoviada por su terrible emoción; pero apoyándose contra la ventana, reunió todas sus fuerzas y se dirigió á la habitación donde se hallaba su amante.—Este le había dicho llamarse don Luis de Medina y que era un caballero de Sevilla, que había venido á Valencia á recoger una cuantiosa herencia que le había dejado uno de sus parientes.

Subió rápidamente Juana las escaleras que conducían al cuarto donde se hallaba su amante. No vió la sombra de una persona que le seguía de muy cerca, y llegó á la entrada de la puerta del aposento de su amante..... Oyendo éste ruido á aquella hora en la escalera, creyó que era el marqués de Ayamonte, que con él de incognito había venido, y le salió al encuentro diciéndole.

—Está todo listo marqués!

Vió entonces á la pálida luz de la luna á Juana, profiriendo con voz sorda.

—¿Como os habeis levantado tan pronto?

Después de haber entrado en su aposento, Juana se colocó en medio de la puerta como para impedir la salida, y asegurarse la posesión de don Luis, diciéndole con la mayor firmeza, al par que con melancólica dulzura.

—Luis, ¿huyes de mí, ó de Valencia? Si es de Valencia, hágase tu voluntad, te seguiré á todas partes, al cabo del mundo, donde quieras, todos los sitios me parecerán hermosos á tu lado. Si huyes de mí, abandona tan bárbaro proyecto, perdona á una pobre muger cuyo solo crimen es el de haberte escuchado... haberte amado demasiado... Porti, he abandonado mi madre, mi casa..... ¡todo! Soy tu esposa.

—Es imposible, señora, contestó el ingrato amante.... Una barrera terrible, insuperable se alza entre nosotros. No soy el que habeis creído, Juana, os he engañado, os amaba con delirio, os amo aun... si os hubiera dicho mi nombre verdadero no hubierais correspondido á mi amor.

—Que me importa que no seais noble, que no seais rico, aunque fueseis el mas infeliz, el hombre de mas humilde nacimiento de Castilla os amaría lo mismo don Luis..... Dios os ha hecho rico con sus dones y noble al haceros tan hermoso.

—No, Juana, es imposible nuestra union... soy Don Alfonso de Guzman, grande de España, hijo del duque de Medina Sidonia, señor de San Lucar de Barrameda, sobrino del duque de Braganza hoy rey de Portugal....

La desgraciada Juana cayó al suelo, prosternóse á los pies del duque, caída en el suelo apoyaba su desolada cabeza en sus manos, sus lágrimas humedecían los pies de don Alfonso, los largos y negros cabellos destrenzados se extendían hasta tocar los pies de su adorado amante. Todo en la pobre Juana suplicaba lloraba y pedía piedad.

—¡Piedad! ¡piedad! decía con delirante acento. Ten compasión de mí. Si aun podeis oír la voz del sufrimiento, si aun queda una lágrima en vuestros ojos, si aun hay una fibra que vibre en vuestro corazón, una centella del fuego sagrado en vuestra noble alma, tened piedad de una infeliz muger que os lo ha sacrificado todo, que os ama....

—Señora, contestó don Alonso.... Yo os amo y es preciso por eso mismo separarnos.... y para siempre. Mi presencia redoblaría el amor que sin conocerme os he podido inspirar.... el mío, porque os lo repito, yo tambien os amo.... y este amor que turba nuestra razón, que devora nuestra alma, este aguijón de todos los días que

os causará profundas heridas, en una continua lucha, concluirá por destrozarnos nuestras dos almas.

—Un medio hay, ya que el único obstáculo que se opone á vuestra felicidad es vuestro estado. Yo os seguiré. Permaneced en Madrid, en Medina Sidonia, en San Lucar, donde convenga á vuestros designios, yo os seguiré para consolaros con mi presencia: permaneceré siempre encerrado en mi aposento: no os veré jamás sin vuestro permiso, no os atormentaré con importunas y celosas plegarias, no sabré tampoco si amais á alguna otra muger, sabré solamente que estais allí, que me habeis llevado con vos, por amor.... al menos por compasion. Si no podemos estar unidos delante de los hombres, lo estaremos delante de Dios.

Don Alonso permaneció un instante silencioso, sus labios no se atrevían á proferir una palabra mas que pudiera acabar de matar el corazón de aquella muger, que respirando apenas, aguardaba en la mayor agonía sus palabras.

—El rey quiere que me case con la hija del duque de Osuna...

—¿Y vos lo sufríreis.... habeis dicho hace un momento que me amábais.

—Lo repito aun, Juana, te amo, pero obedeceré al rey, me casaré con la hija del de Osuna...

Como herida súbitamente por el rayo inclinó su cabeza, cayó exánime doña Juana al oír la esplicacion de don Alonso. Continuó este procurando levantarla del suelo.

—Yo aseguraré tu existencia, esta quinta testigo de nuestra momentánea felicidad será tuya, y encontrarás en ella todas las comodidades de la vida, podrás vivir en ella con tu madre.

—¡Ah! mi madre..... dijo alzándose del suelo Juana y con repentina firmeza. Decís que hallaré en esta quinta las comodidades de la vida, y hallaré en ella mi inocencia, mi perdido honor, la tranquilidad de mi corazón? ¡Comprendo vuestro amor! No contento con deshonrarme habiendo callado y mentido vuestro noble nombre que hoy queréis que os sirva de escudo para no cumplir vuestros juramentos, sois tan vil que me proponéis una infame venta. No, no es posible la union entre nosotros. Somos desiguales es verdad, vos sois muy bajo, yo seré grande en mi infortunio, y grande en mi venganza, os lo juro. Os seguiré á todas partes.

—Creéis que Felipe IV derogará por tí las prerrogativas de la grandeza, él que cada noche tiene una nueva ramera, que disfrazado anda en divertidas aventuras.

—Creo que Dios venga al que rompe sus juramentos!!

Hizo don Alonso un movimiento para salir.

Juana juntando las dos manos, con el dolor y la desesperacion en su semblante.

—No me abandonéis así, le dijo, no me abandonéis.

Adelantóse sin mirarla hacia la puerta don Alonso. Arrojóse ella de rodillas para impedirle la salida.

Bruscamente la rechazó don Alonso con la mano como un objeto inerte, como un embarazo cualquiera que se hubiese interpuesto en su camino, y bajó precipitadamente la escalera. Cayó la pobre Juana desmayada. El primogénito de Medina Sidonia seguido de su confidente el marques de Ayamonte y sus criados montó en un magnífico troton y salió al galope de la quinta. El primogénito de Medina Sidonia que habia venido á urdir una vastísima trama política en Valencia, habia encontrado por distraccion á sus cuidados políticos el amor de doña Juana.—La inocencia, el honor, la vida son un juguete á los ojos de ciertos hombres, que creen fácilmente poderlos romper en gracia de sus riquezas, ó escudados de un nombre ilustre.

Al cabo de algunos instantes se levantó doña Juana, quebrantada el alma, anonadada en la mas terrible desesperacion. Murmuraron sus labios el nombre de un hom-

bre, y este hombre no se hallaba ya allí, bajó las escaleras salió al campo, y sus miradas no encontraron á nadie, ningun ruido turbaba el silencio de la madrugada. Subió sobre una elevada roca, y sus ojos no descubrían



nada en el horizonte. Miró inmóvil por largo tiempo, puso despues la mano sobre su corazón, y exclamó.

—¡Lo he perdido para siempre!... ¡Y tambien yo estoy perdida!!!

Los ojos de doña Juana brillaron de una manera atroz, un terror sobrenatural contrajo su pálido semblante, sobre sus lividos lábios crugieron sus dientes, pasó las manos sobre su frente como para arrancar un violento dolor. La fiebre que se habia apoderado de ella era tan fuerte que se estremecieron todas sus fibras y los cabellos parecían temblar sobre su cabeza. Doña Juana se alejó precipitadamente de las inmediaciones de la quinta temerosa de que don Alonso hubiese dado orden á las gentes de que la privasen de la libertad y caminaba sin direccion fija, sola, y en el acceso de una violentísima fiebre.

III.

Ocupaba el trono español Felipe IV. La inmensa herencia de Carlos V y de Felipe II descansaba sobre los débiles hombros de este principe que rodeado de todos los placeres yacia sumido en el mayor abandono descuidando el gobierno de la vasta Monarquía, en cuyos dominios jamás se ponía la luz del sol, en su privado y ministro universal el conde-duque de Olivares.—Este ministro odiado de todos habia hecho dar al rey por un refinamiento de adulacion cortesana el sobrenombre de GRANDE: pero como en su tiempo comenzó á desmoronarse el colosal poder con tantos triunfos y sangre levantado por sus antecesores, el pueblo decía que Felipe IV era grande como el ahujero que es cada vez mayor á medida que se le quita de él tierra. Portugal se habia emancipado, el duque de Braganza se habia coronado Rey de aquella hermosa parte de la Península. Cataluña se habia sublevado y amenazaba consolidar su independencia, ó agregarse á la Francia. Las armas españolas sufrían reveses de con-

sideracion en los Países Bajos y en la Italia, y mientras la sangre de los valientes castellanos se derramaba á torrentes en todas partes por conservar el esplendor de la corona, el príncipe pasaba entregado á su ministro, los días en festines, y las noches en deliciosas orgías en su magnífico palacio del Buen Retiro. El ejemplo del duque de Braganza que en una noche habia conquistado un trono en Lisboa y consolidado la independencia de Portugal, encontró imitadores. Don Gaspar Alonso Perez de Guzman duque de Medina Sidonia era Gobernador de Andalucía. Era pariente del conde-duque de Olivares gran privado de Felipe IV pero tambien hermano de la duquesa de Braganza reina de Portugal, vivia como un soberano independiente en su gobierno. Vano, altivo y orgulloso exijia de los pueblos respetos que solo son debidos á la magestad real. El ejemplo afortunado de su hermano el duque de Braganza exaltó sus sueños de ambicion, propúsose imitar su ejemplo y proyectó alzarse rey de Andalucía. La mayor parte de las tierras las tenia en la embocadura del Guadiana, y esto le proporcionaba una comunicacion activa frecuente y secreta con el duque de Braganza, aun despues de haberse hecho éste Rey de Portugal.

El marqués de Ayamonte concibió el proyecto, hizo ver al de Medina Sidonia con quien le ligaban vínculos de parentesco, lo fácil de la empresa, haciéndole presente que la Monarquía se hallaba casi arruinada, los Países Bajos perdidos, Cataluña libre é independiente, y Portugal, constituido en un nuevo Reino. Pintó al duque con elocuencia la facilidad de hacerse independiente soberano de Andalucía, pues ocupaba las mejores plazas, y Portugal, estaba pronto á socorrerle con todas sus fuerzas, y que con la escuadra que le enviaria, podria apoderarse de las galeras de Cadiz y sostener aun en caso adverso por muchos meses la guerra. El conde-duque generalmente aborrecido y detestado, podia caer de un momento á otro, y envolver en su ruina al de Medina Sidonia por ser deudo suyo, al paso que tal vez el mismo conde-duque de Olivares podria favorecer en secreto su atrevida empresa, que el éxito justificaria por qué no debia pesarle el ver engrandecida su casa, y en su familia un rey. Estas esperanzas tan conformes al carácter vano y orgulloso del duque de Medina Sidonia, le hicieron adoptar con calor el plan que le proponia el marqués de Ayamonte, y envió emisarios á Portugal para adoptar las medidas que debian preparar esta gran sublevacion, que debia de arrancar á la Monarquía Española, una de las mas hermosas y fértiles provincias. Valiéronse de hombres que á pretexto de ejercitarse en el contrabando con el vecino y nuevo reino de Portugal sirviesen para mantener activas comunicaciones. Uno de estos emisarios, era Sancho Castillo apuesto, gallardo y atrevido mozo que se dedicó á este servicio, y al que hemos visto luego mendigo y estropeado. Un fraile franciscano llamado fray Nicolas de Velasco, era uno de los principales conjurados, y hacia frecuentes viajes, mendigando para su convento de pueblo en pueblo á fin de evitar sospechas. Cuando los contrabandistas encargados de la conduccion de los pliegos eran encontrados por gentes que no estaban en el secreto, los mismos parciales del duque de Medina Sidonia, procuraban de que fuesen esterminados antes de que con su prision pudiese descubrirse el secreto de la trama rebelde que urdian los duques de Medina Sidonia y el marqués de Ayamonte. De esta infernal política fué victima el desgraciado Sancho Castillo. A los contrabandistas sucedieron en el cargo de dirigir las comunicaciones, religiosos enviados por fray Nicolas al vecino reino con especiosos pretextos, porque la investidura de su santo hábito, los ponía á cubierto de las sospechas del gobierno del conde-duque en quien habian despertado recelos el frecuente paso de los contrabandistas. El duque de Medina Sidonia hizo ir á Valencia y á Cataluña á su hijo primogénito y al marqués de Ayamonte para que dispusiesen de hacer las cosas de modo

que la insurreccion catalana permaneciese firme y ocupando la atencion y las fuerzas de los castellanos. impidiese pudiesen estos destinarse á apagar la proyectada insurreccion de Andalucía.

El primogénito de Medina Sidonia habia cumplido las órdenes de su padre, y en los meses que permaneció en Valencia prendóse ciega y apasionadamente de Juana de Castellanos, y como era rico y poderoso puso en juego todos los resortes para satisfacer su amorosa pasion.

No era posible que el que se juzgaba ya sobre el trono de uno de los mas hermosos reinos del mundo, de aquellas provincias que fueron el encanto y el paraíso de los árabes, diese su mano á una pobre oscura aunque noble doncella. La ambicion era mas fuerte que el amor. La posesion acababa de destruir las ilusiones del deseo. Don Alfonso y el marques salieron de Valencia para continuar su comenzada obra de rebelion, y Juana quedó abandonada, deshonrada y huérfana... porque su madre no habia podido sobrevivir á su ignominia, y cuando la desgraciada jóven quiso dirigirse á la casa de su madre, la dijeron que á los tres dias de haber sido robada de la quinta, habia muerto de dolor maldiciendo su ingratitud.

Un solo sentimiento quedaba en el corazón de Juana, la venganza! Demasiado altiva para admitir dádiva alguna de su infame seductor, resolvió marchar á Madrid para pedir justicia al rey Felipe IV. La infeliz ignoraba que el rey Felipe, el tipo de la galanteria, era muy indulgente con los delitos de amor. La corte toda se resintió del ejemplo del rey, y Madrid en aquella época era la mansion de los placeres, una ciudad corrompida, un gran templo levantado á la diosa de Citeres.

Sola, pobre, agotados sus escasos recursos en el largo viage que á pié habia hecho desde Valencia á Madrid, pero rica de gracia y hermosura se presentó Juana al rey Felipe IV á demandar justicia á la puerta de su palacio del Buen Retiro, un día que el rey triste y taciturno contra su ordinaria costumbre, salia á caza acompañado del conde-duque de Olivares.

Felipe IV estaba triste y abatido, porque una muger á quien habia amado le habia aquel día preferido á un antiguo rival. El rey vengó las ofensas del engañado amante, y la favorita de Felipe IV, la Calderona, pasó desde una elegante casa construida junto al palacio del Buen Retiro al austero claustro del convento de santa Clara.

Maria la Calderona, hija de una actriz de los teatros de Madrid, habia pasado los primeros años de su vida en la horfandad y la miseria, cantando por las calles y en las plazas de la capital de las Españas. Su excelente voz, los rasgos de hermosura, y espresion dulce que se revelaban en su linda cara al través de la miseria y del sufrimiento llamaron la atencion un día del marqués de Medina de las Torres, que la recogió, la hizo educar, y la proporcionó los medios de seguir su inspiracion de artista. Su ambicion toda se limitaba á representar en el teatro de la corte. Seis meses bastaron para completar una maravillosa metamorfosis, la humilde crisálida se habia despojado de su humilde cubierta, la pintada mariposa estendia sus hermosas alas y se alzaba al cielo radiante: la cantora que mendigaba en las calles era una grande actriz, una belleza perfecta festejada con entusiasmo, codiciada por todos. Jamás resonaron en los teatros de Madrid por ningun actor mas frenéticas aclamaciones. El agradecimiento á su bienhechor se trocó en amor. La Calderona amó al marqués de Medina de las Torres. La Calderona era feliz como amante, debia serlo como actriz. Fué llamada á representar delante del rey en el teatro del Buen Retiro, teatro donde solo se presentaban los grandes talentos, donde muchas veces el rey mismo y los primeros poetas de aquel siglo eran actores. Maria representó el papel de Teodora en el *Mercader de Toledo*, comedia famosa de un ingenio de esta corte. Modesto título con el

que mas de una vez firmó sus producciones el monarca poderoso de ambos mundos. En aquel teatro en frente de los mas nobles espectadores entre quienes dominaba el pálido semblante de Felipe IV, rodeado de toda su magnífica corte vestida con la grave severidad con que aun hoy admiramos los retratos del célebre Velazquez, se presentó radiante de hermosura y bella cual la madre del amor, María la Calderona.

Felipe IV aplaudió con sus reales manos repetidas veces á la sublime e inspirada actriz. La corte siguió el ejemplo del Monarca. María triunfó como actriz, triunfó tambien como muger. Concluida la comedia Felipe quedó distraído, absorto de la espresion causada por el talento dramático, por la belleza celestial de María. No se dirigió á ninguna de las bellas damas de su corte, habló constantemente al oído del conde duque de Olivares, su privado y su ministro de estado.... y de sus placeres.

La Calderona terminada la representacion no salió del palacio del Buen Retiro. El mismo conde-duque de Olivares, cuentan las crónicas escandalosas de aquel tiempo, la habia conducido á otra habitacion inmediata del palacio donde el monarca perdidamente enamorado habia pasado la noche.

El conde de Medina de las Torres, al dia siguiente de la salida de la Calderona en el teatro del Buen Retiro, marchó á América con un importante mando.

Cinco años despues al volver de las posesiones del nuevo mundo el marqués de Medina de las Torres fué una noche á visitar á su antigua protegida. Esta única entrevista á pesar de las mas esquisitas diligencias para asegurarse el secreto, fué descubierta por los argos que velaban la favorita del rey, y al dia siguiente mismo Felipe IV tuvo conocimiento de ello.

Pocas horas despues recibió la Calderona una carta con el sello real. Era la orden para marchar dentro de seis horas al convento de Santa Clara. La carta estaba escrita de puño del rey, sin mas reconvencion ni mas queja, que la espresion terminante de su voluntad, que la sepultaba en su celosa venganza en el fondo de un claustro, condenando á espantosos horrores su triste porvenir.

Las ordenes del rey se cumplieron: un gentil-hombre la separó de su hijo, y sus ojos se cerraron como los de una muerta al entrar en la régia carroza, para no abrirse sino á la oscuridad del claustro.

Felipe IV estaba triste, y por mucho tiempo lloró la separacion de esta muger. Tal vez por una santa expiacion elevó al mas alto rango al hijo que en ella habia tenido. El hijo de la Calderona fué legitimado, y como el glorioso bastardo de Carlos V, fué llamado tambien don Juan de Austria, y figuró de un modo distinguido en la minoria de Carlos II.

Precisamente el dia en que el rey ofendido en su amor habia roto los vínculos que por tantos años le habian unido con María la Calderona, y en que para divertir su pena marchaba á caza se presentó á sus ojos doña Juana, hermosa y triste á demandar justicia y realzada su belleza con el encanto que prestan á una muger las lágrimas.

Felipe IV indolente, sensual, entregado al amor y á los placeres de su juventud, fijó su vista en doña Juana, adivinó los tesoros de amor y los encantos que encerraba aquella jóven, que la fatalidad le presentaba en los momentos en que su vendido amor le habia hecho romper antiguos y queridos vínculos.

Habló al oído del conde-duque de Olivares y la habitacion de la desgraciada María fué ocupada por doña Juana aquella misma noche.

IV.

Quince dias despues Perico y Sancho Castillo estaban una noche en el prado de Madrid. No era entonces el pra-

do como hoy un hermoso y largo paseo formando calles regulares y espaciosas, era un campo desigual, plantado de grande arboleda pero sin orden, era un verdadero prado de donde ha recibido el nombre el elegante paseo donde hoy pasean los habitantes de Madrid.

—Me gusta Madrid dijo Perico, aquí vive todo el mundo, quedémonos aquí algun tiempo.

—Enhorabuena, respondió Sancho, lo mismo me da arastrar mi miserable existencia en Valencia que en Madrid.

—¡Miserable existencia! replicó Perico, ¿qué nos falta? toda la tierra es nuestra. Jamás tenemos hambre y sed sin encontrar algun buen alma que nos dé el pan cotidiano, los conventos nos hospedan, y los hay por todas partes, si estamos enfermos tenemos hospitales, vivimos exentos de gabelas, cargas y contribuciones no tenemos que trabajar, ni cuidados que nos molesten!

—Tu no sientes en tu corazon una sed insaciable de venganza?

—Desecha esos malos pensamientos que te pueden ocasionar un mal fin, el objeto de la venganza es demasiado alto para que puedas alcanzarlo.

—¿Quién sabe? respondió Sancho, tocando un lio de papeles oculto en los últimos pliegues de su bolsillo.

—¿Y que cuentas hacer con esos papelotes, á mas era preciso saber lo que contienen, y nosotros estaremos un año entero viendo esas patas de moscas y rayitas sin comprender lo que significan. ¡No merecia la pena de haberlos robado!

—Calla, yo conozco al compadre que tenia estos pliegos en su alforja, y al mismo tiempo sacó un lio de papeles cuidadosamente sellado. Es un padre franciscano, que como yo pasaba casi diariamente la frontera de Portugal, y que llevaba á Lisboa los despachos cuando los duques de Medina Sidonia conspiraban contra el rey N. S.

—Yo no entiendo de política, pero ahora no debe de haber nada; porque el duque ha enviado su hijo á Madrid, para casarse con la duquesa de Osuna, y por cierto que va á dar segun dicen grandes limosnas, Dios se las pague!

—Era preciso ese matrimonio para acabar de hacerse dueño de las principales ciudades de Andalucia. Yo tengo mis sospechas.... El fraile que hemos encontrado en Guadalupe venia á Madrid y traia estas cartas.

—¿Crees tú que seguirá adelante en su viage?

—No por cierto, porque una vez descubierto, no le valdria el hábito de nuestro padre san Francisco, y el cordón podria servirle para apretarle la golilla.

—Si pudieramos fiarnos de alguno para saber lo que contienen los papeles.

—Ya veremos, contestó Sancho guardándolos en el bolsillo.

—Mira!... si me habré engañado! no.... de aquella ventana nos hacen seña llamándonos!

—Alguna buen alma caritativa, dijo Sancho quitando su sombrero, que querrá darnos alguna limosna, y corrió debajo de la ventana á recitar las consabidas formulas de lamentacion y pedigueñeria.

Entonces una mano de muger abrió las celosias y echó al mendigo un puñado de reales de plata, y despues le encomendó un Padre-Nuestro y un Ave-Maria.

—¡Virgen santa, y que voz!, exclamó Perico reconociendo á doña Juana lleno de admiracion.

—Vuelve mañana aquí á las oraciones, continuó la voz, y á Dios Perico Gonzalez.

Y se cerró la celosia, y el mendigo fué á reunirse á su compañero.

—Por Santiago de Compostela, qué quiere decir esto? llamarme por mi nombre.... y no lo crearás Sanchillo, es doña Juana.

—¡Bah! doña Juana estará en Valencia, ó se habrá muerto, ¿ó quién sabe?

—¡Sin embargo, es ella, ella misma tal como la

he visto á la puerta de los Desamparados de Valencia!
—Si fuese ella, podríamos confiarla nuestros papeles,



ella podría leerlos dijo San-chillo arqueando las cejas, y dando una espresion feroz al único ojo que le quedaba.

V.

Las campanas de San Fermin acababan de dar el último golpe del toque de oraciones, cuando una dueña abrió la puerta de una misteriosa casa situada junto al retiro en la subida del convento de San Gerónimo y á cuyos alrededores hacia una hora que andaban los dos mendigos. Al través de salas perfectamente entapizadas pasaron hollando ricas alfombras con sus zapatos ordinarios y cubiertos de polvo los dos mendigos hasta un elegante gabinete donde en un precioso sofá de sederia de Italia estaba recostada doña Juana, vestida y tocada con el mas lujoso primor.

—¡Ella es! exclamó asombrado Perico.

—¡Acércate, me conoces!

—¿Puedo yo haber olvidado á doña Juana de Castellanos?

—Sí, pero por tu vida, que jamás te se escape ese nombre. Es el de una muerta, tengo confianza en ti, y te descubro un secreto que no he fiado de nadie! ¿lo guardarás?

—Como un sepulcro.

—No os he vuelto á ver desde la fatal noche del baile en vuestra quinta despues habeis desaparecido y..... no hemos vuelto á saber. Vuestra pobre madre murió á pocos dias, y yo fui alumbrando en su entierro.

—Si, falté á todos mis deberes, fui vilmente engañada, deshonrada vine á Madrid sola á pie mendigando como vosotros el sustento... y ahora, añadió despues de un corto silencio, soy rica, poderosa, mi voluntad es ley, mis caprichos son obedecidos, la seda ha reemplazado mis rotos vestidos, no camino á pie sino en suntuosas carrozas, no duermo despues de largos y penosos viages en el duro suelo, pero no por eso descanso mejor en esta rica cama que sobre el suelo de un meson donde me recogian por caridad, y mi alma está desesperada, inquieta.

—¿Os acordais de don Alonso de Guzman? dijo Perico.

—¡Si me acuerdol exclamó Juana, estremeciéndose al oír este nombre, el es el que ha perdido mi honor y condenado mi alma, él me ha precipitado en el abismo, y mientras yo sufro él es feliz, ama y es correspondido. Perico no comprendes lo que te quiero decir.

Perico hizo un gesto afirmativo.

—Con mano firme, con cautela, y un poco de riesgo cualquiera hombre es siempre dueño de la vida de otro hombre. Yo te haré rico, noble, si quieres...

—Buscar un hombre, encontrarse con él solo y matarlo por la espalda es una fácil venganza, contestó friamente Perico Gimenez, pero dura tan poco... yo conozco uno que no ha querido matar así á don Alonso, aunque es su mas grande enemigo, hay tal vez otra muerte mas lenta, mas terrible...

—¿Que quieres decir?

Entonces el mendigo entregó á la joven el lio de papeles.

—Que es esto, dijo Juana con asombro, papeles dirigidos á don Gaspar Alonso de Guzman, marqués y señor de San Lúcar de Barrameda, quien te los ha dado?

—Estaban en el fondo de unas alforjas de un franciscano que venia de Lisboa, y tal vez haya dentro alguna prueba de quodon Alonso estraidor y rebelde al rey N. S.

Rompió apresuradamente los sellos doña Juana, y fijó su vista sobre las cartas que no pudo leer, todas estaban escritas en cifra.

—¡Ah! exclamó consternada, ¡quien podrá leer esto!

—No seré yo seguramente dijo Perico algo amostazado.

Hubo unos instantes de silencio y doña Juana le dijo. No importa, déjame estos papeles, mañana sabré yo lo que contienen, y sacando una bolsa ricamente bordada, de terciopelo la vació entera en el sombrero de Perico que quedó admirado de la largueza de la limosna.

Quiero hacerte rico, añadió, y que puedas volver á Valencia á pasar tranquilamente los dias en no hacer nada.

Así es como he vivido siempre, respondió ingenuamente Perico al despedirse.

La misma noche á las doce, Juana se hallaba con su real amante. Mas animada que de ordinario, el rey Felipe IV, se embriagaba de placer en sus ojos, y en sus palabras, en sus miradas llenas de languidez, encontraba nuevos y mas poderosos atractivos á la pasion con que le tenia enteramente subyugado. Despues de haber consagrado al amor los primeros momentos, Juana estaba mueble y voluptuosamente reclinada sobre un sofá, y el rey sentado á su lado. Delante habia una mesa cubierta de un rico tapiz.

—¿En qué piensas vida mia?

Dijola pasando al mismo tiempo su mano al rededor de su esbelta cintura.

—Señor, respondió mirando á la mesa, pensaba en esos papeles que la casualidad ha hecho venir á mis manos, y quisiera saber lo que contienen.

—¿Qué es esto? dijo Felipe IV tomando los papeles; ¡una correspondencia en cifras! ¡cosa mas estraña! ¿Y quien te ha dado estas cartas?

—Señor, un pobre mendigo al que daba una limosna. ¿Podria leermelas V. M.?

—No á fé mia, respondió el rey, pero hay gentes que sabrán descifrarlas.

—Y bien, yo quisiera dijo Juana queme las esplicasen ahora mismo. ¿Seria imposible señor?

—Nada hay imposible cuando se trata de satisfacer tus deseos; replicó el rey sonriéndose, voy á hacer llamar á uno de mis ministros secretarios de Estado, y si es preciso al conde duque de Olivares.

—No os burleis señor, tal vez pueden contener esos papeles la prueba de alguna conspiracion....

—¡Ola amor mio! te mezclas en negocios de estado, y cuidado con eso, dijo el rey, con un aire dulce y burlon, te enviaré entonces al conde duque.

—Haced señor lo que os pido, y le alargó al mismo tiempo los papeles.

—Hágase tu voluntad hermosísima Juana, afortunada



mente puedo satisfacerte al instante mismo, Lara entiende de estos enigmas, y yo voy á mandarle que lo traduzca en castellano claro y bien legible.

Lara era uno de los caballeros que ordinariamente acompañaban á Felipe IV en sus frecuentes correrías nocturnas, cuyo secreto era tan inviolablemente guardado. Velaban unos fuera de la casa y otros en la antesala. Lara recibió de una dueña los papeles y se puso á trabajar en descifrarlos inmediatamente, y á medida que iba descubriendo los conceptos, su rostro expresaba el asombro y la curiosidad seguida del terror. Una hora duró el trabajo. Lo entregó á la dueña diciéndola que manifestase al rey que el asunto era urgente y que aguardaba sus órdenes.

Con distracción é indiferencia recibió Felipe IV los papeles que le entregó la dueña de rodillas, y los puso en manos de Juana diciéndola.

—Hermosa curiosa, ved lo que son vuestros papeles.

Tomó doña Juana los papeles escritos por Lara, y á medida que leía lentamente palidecía su semblante, se agitaba su pecho, y no pudiendo contener su emoción dejó caer sobre sus rodillas el papel exclamando:—Señor no soy yo, sois vos quien debe leer esto.

—¿Qué es pues? dijo el rey inquieto al verla tan turbada, agarrando entre sus manos con ira los papeles.

—Leed, señor, leed, y Juana le presentó los papeles que el rey había arrojado al suelo.

Apenas había comenzado el rey á leer algunas líneas, cambió de color, leyó hasta el fin, y después se levantó bruscamente, y Juana tembló al ver la cólera en sus ojos tan dulces y espresivos un instante antes.

—En todas partes ha de haber ingratos y traidores! El

ejemplo del duque de Braganza ha producido sus frutos.

Los catalanes insurreccionados, han llamado á los franceses y ayúdalos á pasar el pirineo; hoy la Andalucía está á punto de sublevarse, y el duque de Medina Sidonia quiere hacer de ella un reino independiente! Habrá llegado el momento de que haya tantos soberanos como provincias en la Península! Las poderosas manos de Fernando é Isabel habrán en vano reunido bajo un cetro tantos estados! Estará destinada á sucumbir en mis días esta grande Monarquía Española! No, no, yo confundiré la rebelión, ó moriré como he nacido, rey de todas las Españas y no rey de Castilla como Enrique el impotente!

Después se volvió á Juana la dió un beso en la frente y la dijo: el servicio que acabas de hacerme es inmenso; estas cartas son la prueba de una traición á punto de estallar. El duque de Medina Sidonia y su hijo, la han tramado. Diez galeras apresadas á la vuelta de América, debían suministrar los gastos de la empresa, Cadiz debía ser entregado á los portugueses. ¿Quien te ha entregado estos papeles?

Contó entonces doña Juana al rey como el mendigo le había entregado los papeles.

—Por alta y elevada que sea la clase de los traidores esta noche misma sin falta quedarán arrestados.... Los de Medina Sidonia quieren subir á un trono. ¡Ay de ellos si es verdad!... subirán al cadalso. Que venga, que venga ahora su pariente el conde duque, como cuando me anunció la rebelión del duque de Braganza, felicitándome porque se me presentaba la ocasión de apoderarme de sus estados.... Es mucha la candidez de Olivares, cuando Braganza me arrebató un reino!..

Salió el rey estremadamente conmovido de la estan-

cia de doña Juana, y ésta al verlo marchar exclamó con vengativa sonrisa.

—Conque tan alto os creiais don Alonso, que buscabais un trono, y desdeñabais á la que habiais con mentidas protestas seducido... Yo tambien merced á la infamia en que me habeis sumido, soy alta y poderosa hoy.... veremos quien vence en esta lucha de venganzas.

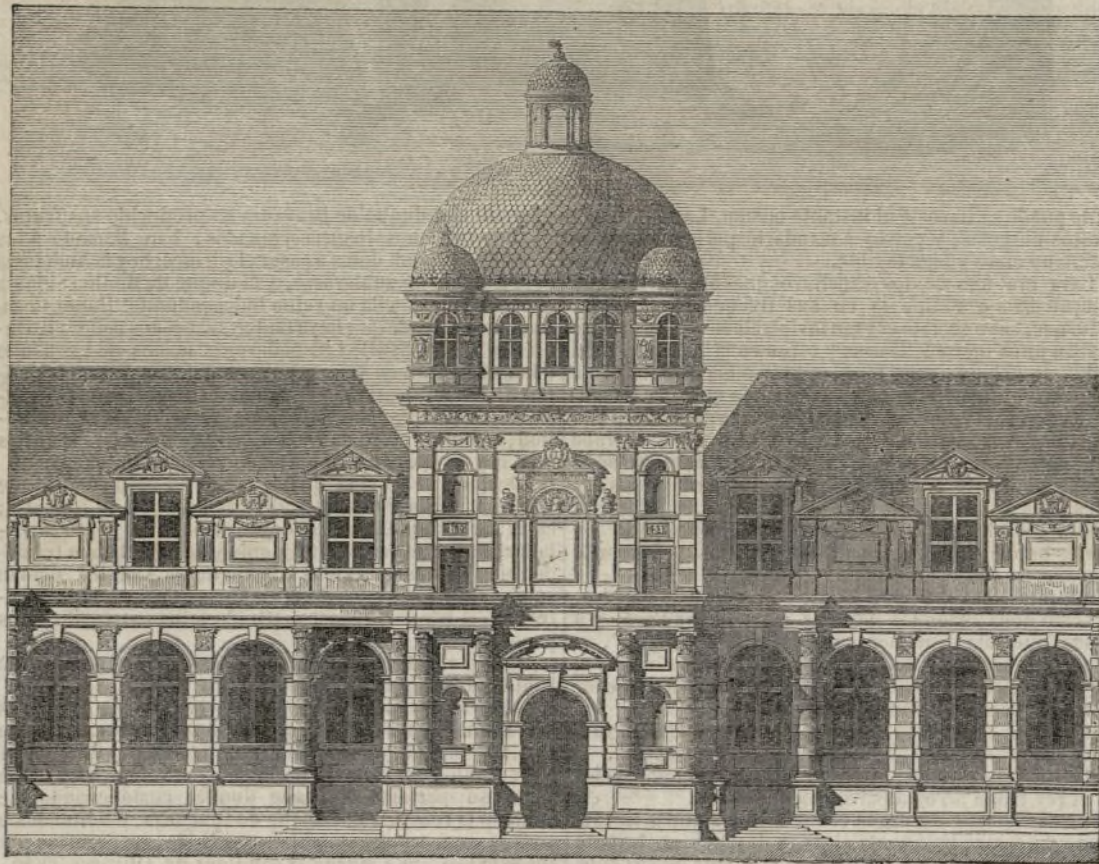
J. M. MALDONADO.

(Se concluirá en el número próximo.)

PALACIO DE LAS TULLERIAS.

Nadie ignora que el palacio de las Tullerías, es la actual residencia de los monarcas del vecino reino de Francia. En tiempo de Luis XIV y hasta la época de la revolución de 1789, la corte estuvo en Versalles, delicioso sitio real, á seis leguas de París; pero desde que los acontecimientos políticos obligaron al desgraciado Luis XVI, á trasladarse con su familia á la capital, el palacio que nos ocupa ha sido constantemente la habitacion del gefe del Es-

tado. El nombre de Tullerías es de origen humilde pues se deriva de *tuileries tegera ó tegeras*, efecto de haber ocupado antes el terreno que hoy es palacio, unas fábricas de tejas que abastecian todo París. En 1542 compró este terreno un Mr. Villeroy y construyó dos buenas casas con jardines, las cuales adquirió despues Francisco I, y sobre sus ruinas, Catalina de Médicis muger de Enrique II levantó un palacio, encargando su construccion al entonces célebre arquitecto, Filiberto Delorme. La vista que damos á continuacion de la parte central de las Tullerías, es tal y como la construyó el fundador; pues en el dia ha sufrido esta parte como todas las demas del palacio, notables variaciones. El palacio de las Tullerías es hoy un edificio de piedra ennegrecida por el tiempo y la humedad del Sena, á cuya orilla se halla situada perpendicularmente á su cauce. Su planta es un paralelógramo tan prolongado, que mas parece iglesia que palacio; frente al pabellon central está el jardin que siguiendo la corriente del Sena, se estiende hasta la magnífica plaza de la Concordia; se enlazan las Tullerías con el palacio de Louvre por dos galerías de las que una está sin concluir; la concluida separa la irregular plaza del Carrousel de la magnífica calle de Rivoli digna de Roma. Por su situacion ventajosa por poco que las Tullerías tuvieran de belleza artística, pudieran pasar por uno de los primeros palacios de Europa; pero andubo tan escaso de ingenio el arquitecto, que hizo de aquel edificio un lóbrego macizo callejon y no otra cosa.



Vista del Palacio de las Tullerías